

prevea, si no se disgregan o dispersan sus habitantes, nunca olvidarán ni aquel nombre ni aquellas instituciones, y a la menor ocasión recurrirán a ellas como hizo Pisa luego de cien años de sometimiento a los florentinos<sup>7</sup>. Pero cuando las ciudades o las provincias están acostumbradas a vivir bajo un príncipe, y la familia se ha extinguido, estando por un lado acostumbrados a obedecer y por otro no temiendo a su viejo príncipe, no se ponen de acuerdo para elegir de entre ellos a otro, ni saben vivir libres: así que son siempre más lentos a la hora de tomar las armas y un príncipe puede con más facilidad conquistarlos y hacerlos suyos<sup>8</sup>. En cambio en las repúblicas hay mayor vida, más odio, más deseo de venganza; no las deja, ni puede dejarlas descansar el recuerdo de la antigua libertad: así que, el camino más seguro es destruirlas o vivir en ellas.

## VI (virtud = 13)

*De principatibus novis qui armis propriis  
et virtute acquiruntur*<sup>1</sup>

QUE nadie se maraville si en la exposición que voy a hacer de los principados totalmente nuevos<sup>2</sup>, tanto en lo que se refiere al príncipe como al estado, aduzco ejemplos muy notables; porque caminando los hombres casi

---

della libertà, il quale forza alcuna non doma, tempo alcuno non consuma e merito alcuno non contrappesa?»

<sup>7</sup> Pisa pasó al dominio florentino en 1405, pero con la entrada de Carlos VIII de Francia en 1494, recuperó su libertad y los florentinos tuvieron que luchar otros 15 años para poder volverla a dominar. La «questione pisana» por diversos motivos es constante preocupación de Maquiavelo.

<sup>8</sup> Ver *Discursos*, II, 2 y también los capítulos IV y VI del libro primero.

<sup>1</sup> De los principados nuevos que se adquieren con armas propias y con virtud.

<sup>2</sup> Es éste uno de los más importantes capítulos del *Príncipe*, no sólo por el problema técnico del que se trata aquí, sino también porque por primera vez, de manera explícita, Maquiavelo expone el problema de la relación «virtud-fortuna» al que anteriormente y de pasada había aludido.

siempre por vías ya batidas por otros, y procediendo en sus acciones por imitación, (aunque a menudo no es posible seguir del todo los caminos de los demás, ni llegar a alcanzar la virtud de aquellos a quienes imitas), el hombre prudente debe intentar siempre seguir los caminos recorridos antes por los grandes hombres; e imitar a aquellos que han sobresalido de manera extraordinaria sobre los demás, para que aun cuando su virtud no alcance la de éstos, se impregne, al menos un poco, en ella; y debe hacer como los arqueros prudentes, que cuando el lugar que quieren alcanzar les parece demasiado alejado, conociendo además hasta dónde llega la potencia de su arco, ponen el punto de mira muy por encima del lugar de destino, no para alcanzar con su flecha tanta altura, sino para poder, con la ayuda de tan alta mira, llegar al lugar que se hayan propuesto.

Digo, pues, que en los principados totalmente nuevos, en los que haya un príncipe nuevo, a la hora de conservar los las dificultades son mayores o menores según sea el que los adquiere más o menos virtuoso. Y dado que el hecho de pasar de privado a príncipe presupone o virtud o fortuna, parece que o la una o la otra de estas dos cosas mitigue, en parte, muchas de estas dificultades; no obstante, quien menos ha confiado en la fortuna, se ha mantenido mejor. Genera aún más facilidades el hecho de que el príncipe se vea obligado, al no tener otro estado, a ir personalmente a vivir allí. Pero, para hablar de aquellos que llegan a príncipes por propia virtud y no por fortuna<sup>3</sup>, digo que los más excelentes son Moisés, Ciro, Rómulo, Teseo y otros parecidos a ellos. Y aunque de Moisés no se pueda hablar, ya que fue mero ejecutor de las cosas que le eran mandadas por Dios<sup>4</sup>, no obstante ha de ser mencionado aunque sólo sea por aquella gracia que lo hacía digno de hablar con Dios. Consideremos, sin embargo, a Ciro, y a

<sup>3</sup> Conforme al título del capítulo se trata de hablar ahora de los príncipes que llegaron al principado gracias a su virtud.

<sup>4</sup> Hay quien ve en este ejemplo una cierta ironía hacia los que, como Savonarola, creen seguir los mandatos de Dios. Lo que queda claro es que Maquiavelo ve en Moisés no un hombre virtuoso porque fue amado por Dios, sino que precisamente fue amado por Dios por ser virtuoso.

los otros que adquirieron y fundaron reinos: los encontraremos a todos dignos de admiración; y si consideramos las empresas y las instituciones que cada uno de ellos supo crear, no parecerán discrepar de las de Moisés, que tuvo tan gran preceptor. Y examinando sus acciones y su vida, se ve que no obtuvieron de la fortuna nada más que la ocasión, que les proporcionó la materia sobre la cual plasmaron la forma que mejor les pareció: sin ocasión, la virtud de su ánimo se habría extinguido, y sin esa virtud la ocasión se les habría presentado en vano<sup>5</sup>. Era, pues, necesario que Moisés encontrara en Egipto al pueblo de Israel, esclavo y oprimido por los Egipcios, para que éstos, queriendo librarse de tal servidumbre, se dispusieran a seguirle. Convenía que en Alba no hubiera sitio para Rómulo, que fuera abandonado al nacer, para que llegara a ser rey de Roma y fundador de aquella patria. Era necesario que Ciro encontrara a los Persas descontentos del imperio de los Medas<sup>6</sup> y a los Medas muelles y afeminados por una prolongada paz. Ni podía Teseo demostrar su virtud de no encontrar a los Atenienses desunidos. Estas ocasiones, por lo tanto, colmaron los deseos de estos hombres y su excelente virtud hizo que aquella ocasión fuera conocida; todo lo cual aportó nobleza y prosperidad a sus respectivas patrias.

Aquellos que, como estos, por vías virtuosas llegan a príncipes, adquieren el principado con dificultad, pero lo mantienen fácilmente<sup>7</sup>; y las dificultades que encuentran al conquistar el principado, nacen en parte de las nuevas formas e instituciones que se ven obligados a introducir para sostener su estado y su seguridad. Tengamos en cuenta que no hay cosa más difícil de tratar, ni en la que el éxito sea más dudoso, ni más peligrosa de manejar, que con-

<sup>5</sup> Uno de los tópicos clásicos para la definición del concepto maquiavelico de virtud y fortuna. En esta relación, aun cuando Maquiavelo quiere subrayar el papel de la virtud, queda bastante claro que sin la ocasión dada por la fortuna ésta no puede actuar.

<sup>6</sup> Maquiavelo se refiere a la conquista del imperio Meda por parte de Ciro el Grande, con el que se inicia el largo periodo de dominio persa que terminará con la derrota de Darío III frente a Alejandro.

<sup>7</sup> Conceptos fundamentales que Maquiavelo aclarará en este capítulo y en el siguiente.

vertirse en responsable de la introducción de un nuevo orden político; porque todo innovador tiene como enemigos a cuantos el viejo orden beneficia y como tibios defensores a aquellos a los que las nuevas leyes beneficiarían. Esta tibieza nace, en parte, por miedo a los adversarios, que tienen las leyes a su favor, y en parte por la incredulidad de los hombres, que en realidad no confían en las novedades hasta que la experiencia no se las confirma; de ahí viene que cada vez que los que son enemigos tienen ocasión de atacar, lo hacen con pasión facciosa, mientras los otros se defienden tibiamente; de manera que, con ellos, se corre verdadero peligro. Conviene, por lo tanto, si se quiere tratar bien el tema, examinar si estos innovadores tienen fuerza propia o si dependen de otros; es decir, si para llevar a cabo su obra tienen que rogar o pueden forzar<sup>8</sup>. En el primer caso acaban siempre mal y no llegan a ninguna conclusión; pero cuando dependen de sí mismos y pueden recurrir a la fuerza, raras veces corren peligro. De ahí que todos los profetas armados hayan vencido y los desarmados fracasaran<sup>9</sup>. Porque, además de lo dicho, la naturaleza de los pueblos es voluble; y es fácil convencerles de algo pero difícil mantenerlos convencidos. Por eso conviene estar preparado de tal manera que, cuando dejen de creer, se les pueda hacer creer por la fuerza. Moisés, Ciro, Teseo y Rómulo no habrían podido hacer observar sus constituciones largo tiempo si hubieran estado desarmados; como ocurrió en nuestros días a fray Jerónimo Savonarola<sup>10</sup>, que se hundió junto a su nuevo orden, tan pronto como la multitud empezó a no creer en él; no tenía medios para retener a los que habían creído en él ni para hacer creer a los

<sup>8</sup> Ver nota 7, pág. anterior.

<sup>9</sup> Expresión convertida en proverbio.

<sup>10</sup> Savonarola, 1452-1498, dominico de Ferrara que alcanzó gran popularidad en Florencia con sus sermones violentos y apasionados. Profetizó grandes desgracias que la llegada a Italia de Carlos VIII de Francia hizo realidad, con lo que alcanzó aún mayor predicamento. Expulsado Pedro de Médicis de Florencia, Savonarola tuvo gran influencia en la redacción de la nueva constitución republicana. El enfrentamiento violento con el papa Alejandro VI, entre otras cosas, le llevaron a la muerte, en la hoguera, el 23 de mayo de 1498.

incrédulos. Por eso estos hombres hallan muchas dificultades a la hora de actuar, y su camino está sembrado de peligros que deben superar con gran virtud; pero una vez superados éstos, y cuando empiezan a ser objeto de veneración, habiendo destruido a todos cuantos podían envidiar sus cualidades, se mantienen potentes, seguros, honrados, felices.

A tan altos ejemplos quiero añadir un ejemplo menor, aunque bien debe tener relación con ellos, y que quiero me baste para todos los casos semejantes; se trata de Hierón de Siracusa. De simple particular, llegó a príncipe de Siracusa; y tampoco conoció de la fortuna otro don que la oportunidad; porque hallándose los Siracusanos oprimidos, lo eligieron como capitán, y a partir de ahí sus muchos méritos le convirtieron en príncipe. Y fue tanta su virtud, incluso en su vida privada, que quien de él escribe dice: «quod nihil illi deerat ad regnandum praeter regnum»<sup>11</sup>. Hierón disolvió el viejo ejército y creó otro nuevo; dejó las antiguas alianzas y concertó otras nuevas; y como tuvo aliados y soldados propios pudo edificar sobre tan sólidas bases cualquier edificio, de manera que lo que le costó gran trabajo alcanzar, con poco lo pudo mantener.

## VII (v = 8)

*De principatibus novis qui alienis armis  
et fortuna acquiruntur*<sup>1</sup>

AQUELLOS que de simples particulares llegan a príncipes, sólo con la ayuda de la fortuna, con poco esfuerzo llegan al poder, pero en cambio han de luchar mucho para mantenerse en él; en su camino no encuentran ningún obstáculo, se diría que vuelan; pero todas las difi-

<sup>11</sup> Hieron II, nacido alrededor del año 306 a. C., fue rey en el año 263. Estas palabras son del historiador Justino, XXIII, 4: «nada le faltaba para reinar excepto el reino».

<sup>1</sup> De los principados nuevos adquiridos con las armas y la fortuna de otros.

cultades surgen una vez instalados. En esta situación están aquellos a los que les es concedido un estado o por dinero o por la voluntad de quien lo concede; como les sucedió a muchos en Grecia, en las ciudades de Jonia y del Helesponto, en las que fueron hechos príncipes por Darío para que se las mantuvieran para su propia seguridad y gloria<sup>2</sup>; o como fueron proclamados emperadores aquellos que de privados llegaron al imperio corrompiendo a los soldados<sup>3</sup>. Estos están simplemente supeditados a la voluntad y fortuna de quien les ha concedido el estado; que son dos cosas volubilísimas e inestables; y no saben ni pueden mantener aquel cargo. No saben, porque si no es hombre de gran ingenio y virtud, no es razonable que, habiendo vivido siempre como privado, sepa mandar; no pueden, porque carecen de fuerzas que les puedan apoyar y ser fieles. Además, los estados que surgen de repente, como todas las demás cosas de la naturaleza que nacen y crecen deprisa, no pueden tener las raíces y ramificaciones correspondientes; de manera que la primera adversidad los destruye; a no ser que estos que tan de repente han llegado a ser príncipes tengan, como ya se ha dicho, tanta virtud que sepan inmediatamente prepararse a conservar lo que la fortuna les ha puesto entre las manos, y sepan poner después los fundamentos que los otros pusieron antes de convertirse en príncipes.

Quiero aducir dos ejemplos de hechos acaecidos en nuestros días, sobre las dos maneras ya citadas de llegar a ser príncipe: por virtud o por fortuna. Son estos: Francesco Sforza y César Borja. Francesco se convirtió, de privado, en duque de Milán por los medios adecuados y gracias a su gran virtud; y lo que había adquirido con mil afanes, mantuvo con poca fatiga. Por otro lado, César Borja, llamado por el vulgo duque Valentino, adquirió el estado gracias a la fortuna de su padre y con ella lo perdió; a pesar de ha-

<sup>2</sup> Se refiere a la división en Satrapías hecha por Darío I antes del ataque a Grecia y de su derrota en Maratón en el 490 a. C.

<sup>3</sup> En el original: «per corruzione de' Soldati». *Corruzione*, según Lisio (en su edición de *Il Principe*, Florencia, 1899), tiene aquí significado activo.

ber recurrido por su parte a toda clase de acciones y de haber hecho todo lo que debía hacer un hombre prudente y virtuoso para poner sus raíces en aquellos estados que las armas y la fortuna de otros le habían proporcionado. Porque, tal como dije antes, quien no ha puesto antes los cimientos los podrá poner luego si tiene una gran virtud, aunque sea con molestias para el arquitecto y con peligro para el edificio. Si consideramos las progresivas acciones del duque, veremos cómo éste había puesto sólidos fundamentos a su futuro poder; y no creo superfluo hablar de ello porque yo mismo no sabría dar a un príncipe nuevo mejores preceptos que el ejemplo de sus acciones; y si sus previsiones no le sirvieron de nada, no fue por culpa suya sino por una extraordinaria y extrema malignidad de la fortuna<sup>4</sup>.

Se enfrentaba, Alejandro VI, en su deseo de engrandecer al duque, su hijo, con gran número de dificultades presentes y futuras. En primer lugar, no veía la posibilidad de hacerle señor de algún estado que no fuera de la Iglesia; y decidiéndose por uno de la Iglesia sabía que tanto el duque de Milán como los Venecianos no se lo iban a consentir, porque Faenza y Rímini estaban desde hacía tiempo bajo la protección de los Venecianos<sup>5</sup>. Veía, además, cómo los ejércitos de Italia, y en especial aquellos de los que hubiera podido servirse, estaban en manos de quienes debían temer la grandeza del Papa; y no podía fiarse porque todos ellos estaban en manos de los Orsini, los Colonna<sup>6</sup> y sus cómplices. Era, pues, necesario invertir la situación e in-

<sup>4</sup> Idealización de la figura de César Borja, que efectivamente ahora le servirá como ejemplo de excelentes medios, pero al que luego tendrá que «reprobar» como hizo la fortuna, por no haber sabido mantenerlos hasta el fin.

<sup>5</sup> Milán temía por los estados de Catalina Sforza Riario, señora de Imola y Forlì y por los de Giovanni Sforza, señor de Pesaro. Los venecianos, en general, habían de temer todo cambio a favor del Papa en la Romaña.

<sup>6</sup> Orsini y Colonna, familias principescas romanas en continua rivalidad, que turbaron con sus luchas, durante siglos, la vida de los Estados Pontificios. Ambas dieron a la Iglesia varios pontífices, cardenales y generales de los ejércitos pontificios o de otros estados de la península.

troducir el desorden en sus estados para poderse adueñar, sin riesgos, de parte de ellos<sup>7</sup>. Le fue fácil porque encontró a los Venecianos que, movidos por otras razones, estaban interesados en hacer entrar de nuevo en Italia a los franceses; a lo que él no sólo no se opuso, sino que lo hizo aún más fácil con la disolución del anterior matrimonio del rey Luis<sup>8</sup>. Pasó, pues, el rey a Italia con la ayuda de los Venecianos y el consentimiento de Alejandro; aún no había llegado a Milán que el Papa ya obtuvo de él tropas para la empresa de Romaña, que le fue así permitida por la reputación del rey. Ganada ya la Romaña y batidos los Colonna y sus partidarios, el duque, queriéndola conservar y continuar avanzando, se enfrentaba a dos obstáculos: uno, sus ejércitos, que no le parecían fieles; otro, la voluntad de Francia: es decir, que las armas de los Orsini, de las que se había valido, le fallaran y le impidieran no sólo ganar más territorio, sino que le arrebataran lo ya ganado, y que incluso el rey no le hiciera algo parecido. Sus dudas sobre la fidelidad de los Orsini se confirmaron cuando, después de la conquista de Faenza, asaltó Bolonia y vio su falta de entusiasmo; y con respecto al rey, comprendió sus intenciones cuando, tomado el ducado de Urbino, asaltó la Toscana y aquel le obligó a desistir de tal empresa<sup>9</sup>. Así fue cómo el duque decidió no depender nunca más de las armas y de la fortuna de los otros. Y como primera provisión debilitó los partidos de los Orsini y de los Colonna en Roma; a todos los partidarios que tenían entre la nobleza se los ganó haciéndoles nobles suyos y ofreciéndoles grandes estipendios, y honrándoles, en fin, según su cualidad con cargos

<sup>7</sup> Alejandro VI necesitaba una ocasión que desequilibrara por completo la relación de fuerzas existente en la península. Fue ésta la intervención francesa de 1499 favorecida por los venecianos. Volvemos al capítulo VI, con «Era, dunque necessario»...; la problemática de la ocasión, aprovechada o no según se tenga o no «virtu».

<sup>8</sup> Nota 24, cap. III.

<sup>9</sup> Conseguida Urbino, quien acosó la Toscana fue Vitellozzo Vitelli, que si bien obraba de acuerdo con el Valentino, formalmente era independiente. Francia siempre defendió de los posible ataques del Borja a sus aliados florentinos.

militares o de gobierno, de manera que en pocos meses el afecto que tenían a sus partidos se extinguió y todos se pusieron de su parte. Luego, esperó la ocasión de destruir a los cabecillas del bando de los Orsini, habiendo ya dispersado a los de los Colonna; se le presentó una buena ocasión y él la aprovechó mejor cuando los Orsini, tarde ya, dándose cuenta de que la grandeza del duque y de la Iglesia representaban su ruina, celebraron una dieta en la Magione, en territorio de Perusa; de ahí nacieron la rebelión de Urbino, los tumultos de la Romaña y una infinidad de peligros para el duque que los superó todos con la ayuda de los Franceses. Y, recobrado el prestigio, no fiándose ni de Francia ni de otras fuerzas ajenas para no tener que ponerlas a prueba, recurrió al engaño. Y supo disimular tan bien sus intenciones, que los mismos Orsini se reconciliaron con él por medio del señor Paulo, con el que el duque, queriendo ganar su confianza, desplegó toda clase de gentilezas dándole dinero, vestidos y caballos; hasta tal punto, que su ingenuidad les hizo caer en Sinigalia en manos del duque. Exterminados, pues, estos cabecillas y convertidos sus partidarios en amigos suyos, el duque había puesto unos cimientos bastante buenos a su poder al tener toda la Romaña con el ducado de Urbino y pareciéndole, sobre todo, haberse ganado la adhesión de la Romaña y de todos aquellos pueblos que empezaban ahora a gustar su bienestar<sup>10</sup>.

Y como esta parte es digna de noticia y de ser imitada por otros, no quiero olvidarla. Tan pronto como tuvo el duque la Romaña, y encontrándola gobernada por señores impotentes que en lugar de gobernar a sus súbditos más bien les habían expoliado y dado motivos de desunión que de unión, (hasta el punto que aquella provincia estaba llena de latrocinios, peleas y toda clase de insolencias), juzgó necesario darle un buen gobierno si quería pacificarla y reducirla a la obediencia del brazo regio. Por eso puso al frente de la Romaña a Ramiro de Orco, hombre cruel y expeditivo, al que dio plena y absoluta potestad. Éste, en poco

<sup>10</sup> Maquiavelo habla muy a menudo de la importancia del favor popular. Ver *Príncipe*, XI y XIX, *Discursos*, I, 16.

tiempo unió y pacificó la provincia con grandísima reputación. Pero más tarde juzgó el duque que ya no era necesaria tan rigurosa autoridad porque podía resultar odiosa, y estableció un tribunal civil en el centro de la provincia, con un presidente excelentísimo en el que cada ciudadano tenía su propio abogado. Y como sabía que el rigor anterior le había generado un cierto odio, para apaciguar los ánimos de aquellas gentes y ganárselas del todo, quiso demostrar que si se había llevado a cabo alguna crueldad, no había nacido de él sino de la acerba naturaleza del ministro. Y aprovechando la ocasión, lo hizo sacar una mañana a la plaza de Cesena, con el cuerpo partido en dos, y un trozo de madera y un cuchillo ensangrentados al lado. La ferocidad del espectáculo hizo que aquellos pueblos quedaran a la vez satisfechos y estupefactos<sup>11</sup>.

Peró volvamos a nuestro punto de partida. Digo que al duque, viéndose bastante poderoso y seguro en parte frente a los peligros presentes, (al haberse armado a su manera y al haber destruido en buena parte aquellas armas, que por, su proximidad le podían perjudicar), le quedaba tan sólo si quería continuar su política expansiva, guardarse del rey de Francia; porque sabía que el rey, que, aunque tarde se había por fin percatado de su error<sup>12</sup>, no se lo iba a permitir. Y por esto empezó a buscar nuevas alianzas y a mantener una actitud vacilante respecto a Francia, al descender los Franceses hacia el reino de Nápoles para enfrentarse a los Españoles que asediaban Gaeta<sup>13</sup>. Su intención era aliarse a éstos, y lo habría conseguido si Alejandro hubiera vivido.

Estas fueron sus acciones de gobierno en cuanto a las cosas presentes. Pero en cuanto a las futuras, debía temer, en

<sup>11</sup> Sobre la crueldad sabiamente administrada hablará Maquiavelo en el capítulo XVII.

<sup>12</sup> El «error» consistía en haber hecho «grande» a la Iglesia ver capítulo III.

<sup>13</sup> Después de la derrota francesa en Cerignola (abril 1503), Alejandro VI decidió aliarse con los españoles, que asediaban Gaeta, proyectando una expedición conjunta contra la Toscana y el Milanésado. Su muerte (18 de agosto) hizo naufragar tal proyecto.

primer lugar, que un nuevo sucesor en el papado le fuera hostil e intentara arrebatarle lo que Alejandro le había dado. De ello procuró protegerse de cuatro maneras: primero, exterminando las familias de aquellos señores a los que había expoliado para evitar al nuevo Papa posibilidad alguna de restitución; segundo, ganarse a todos los nobles de Roma, como se ha dicho, para poder así dominar al Papa; tercero, controlar al máximo el Colegio Cardenalicio; cuarto, adquirir suficientes poderes antes de la muerte del Papa para resistir por sí solo un primer ataque. De estas cuatro cosas, a la muerte de Alejandro había conseguido tres; la cuarta estaba a punto de conseguirla; porque de los señores expoliados mató a cuantos pudo atrapar, y poquísimos se salvaron; se había ganado a los nobles romanos y en el Colegio Cardenalicio tenía grandísima influencia; y en lo referente a las nuevas adquisiciones, había proyectado convertirse en señor de la Toscana, poseía ya Perugia y Piombino y había tomado a Pisa bajo su protección. Y si no hubiera habido de tener miedo de Francia (que no tenía porqué tenérselo, al ser ya los Franceses desposeídos del Reino de Nápoles por los Españoles, de manera que tanto unos como otros tenían necesidad de comprar su amistad) hubiera saltado sobre Pisa. Después de esto, Lucca y Siena cederían rápidamente, en parte por envidia de los Florentinos, en parte por miedo; los Florentinos no tenían remedio. De haber conseguido todo esto (y lo habría conseguido aquel mismo año en que Alejandro murió) hubiera adquirido tantas fuerzas y tal reputación, que se habría mantenido en el poder por sí mismo y no habría tenido jamás que depender de la fortuna y de las fuerzas de otros sino de su poder y de su virtud.

Peró Alejandro murió cinco años después de que él hubiera empezado a desenvainar la espada. Lo dejó con sólo el estado de Romaña consolidado y con los demás en el aire, entre dos potentísimos ejércitos enemigos y enfermo de muerte. Tenía el duque un carácter tan indómito y tanta virtud y sabía tan bien que a los hombres hay que ganárselos o destruirles, y tan válidos eran los cimientos que en tan poco tiempo se había creado, que si no hubiera tenido

encima aquellos ejércitos o hubiese estado sano, habría superado cualquier dificultad. Y que sus cimientos eran buenos, quedó demostrado: pues la Romaña lo esperó más de un mes; en Roma, aunque medio muerto, estuvo seguro; y, a pesar de que los Baglioni, los Vitelli y los Orsini vinieron a Roma, no encontraron a nadie dispuesto a ir contra él; y si no pudo hacer Papa a quien quiso al menos hubiera podido evitar que lo fuese quien no quería. Si a la muerte de Alejandro él hubiera estado bien, todo le habría resultado fácil. Él mismo me dijo, en los días en que fue elegido Julio II<sup>14</sup> que había pensado en todo lo que podía surgir a la muerte del padre y a todo había hallado remedio, pero que no pensó nunca que a su muerte también él podía estar a punto de morir.

Recogidas, pues, todas las acciones del duque, yo no sabría censurarle; sino que, por el contrario, creo, como ya he dicho, poder proponerlo como modelo a imitar a todos aquellos que por fortuna y con armas ajenas han llegado al poder. Porque él, teniendo tanto ánimo y tan altos propósitos; no podía actuar de otro modo; y tan sólo se opusieron a sus designios la brevedad de la vida de Alejandro y su propia enfermedad. Aquel, pues, que juzgue necesario en su principado nuevo asegurarse contra los enemigos, ganar amigos, vencer o con la fuerza o con el fraude, hacerse amar y temer por los pueblos, seguir y reverenciar por los soldados, eliminar a quienes pueden o deben ofenderte, innovar con nuevos modos el antiguo orden, ser severo y agradable, magnánimo y liberal, suprimir la milicia desleal, crear otra nueva, mantener las amistades de reyes y príncipes de manera que tengan que beneficiarte con cortesía o atacar con respeto, no puede encontrar más recientes ejemplos que las acciones de éste. Se le puede reprochar tan sólo la elevación de Julio al pontificado; fue una mala elección, porque como se ha dicho, no pudiendo hacer un Papa a su gusto, podía, en cambio, conseguir que alguien no lo fuera y no debía consentir jamás que llegaran al pa-

<sup>14</sup> Maquiavelo estuvo en Roma de octubre a diciembre de 1503 como enviado de Florencia al cónclave.

pado aquellos cardenales a los que él había ofendido o que, una vez elegidos, hubieran de temerle. Porque los hombres hacen daño o por miedo o por odio. Aquellos a los que él había ofendido eran, entre otros, San Pietro ad Vincula, Colonna, San Giorgio, Ascanio<sup>15</sup>; los demás, una vez elegidos Papas, tenían todos que temerle excepto Roano y los españoles: estos por vínculos de parentesco y obligación; aquel por su poder, ya que tenía a su lado el reino de Francia. Por lo tanto, el duque por encima de todo debía conseguir un Papa español, y no siendo esto posible, consentir que lo fuera el cardenal de Rouen y no el de San Piero ad Vincula. Y quien crea que los nuevos beneficios hacen olvidar a los grandes hombres las viejas ofensas se equivoca. Erró, pues, el duque en esta elección que fue causa de su ruina definitiva<sup>16</sup>.

### VIII (v = 6)

*De his qui per scelera ad principatum pervenere*<sup>1</sup>

**P**ERO, como de simple particular se puede llegar aún a príncipe por medio de otros procedimientos no atribuíbles del todo a la fortuna o a la virtud, no me parece bien dejarlos en el olvido, aun cuando de uno de ellos se pueda hablar con mayor detenimiento al tratar de las repúblicas.

Estos son: cuando se llega al principado por medios criminales y nefandos, o cuando un ciudadano privado llega a príncipe de su patria con el favor de sus demás conciu-

<sup>15</sup> Los cardenales a los que César o su padre habían ofendido eran, siguiendo el orden citado por Maquiavelo, Giuliano della Rovere, Giovanni Colonna, Rafael Riario y Ascanio Sforza. Roana, como ya hemos dicho, era George d'Amboise, arzobispo de Rouen.

<sup>16</sup> No fue, pues, la fortuna la causante de la ruina de César, sino su error político al creer las interesadas promesas del astuto Julio II, el irconciliable enemigo de Alejandro VI, al que entre otras cosas debía diez años de exilio.

<sup>1</sup> De los que por medio de delitos llegaron al principado.

dadanos. Y hablaremos del primer procedimiento, ilustrándolo con dos ejemplos, uno antiguo, otro moderno, sin entrar en juicios de valor, pues juzgo que, a quien los necesite, le baste con imitarlos.

(2) El siciliano Agatocles, llegó a rey de Siracusa partiendo de una condición no sólo privada sino ínfima y abyecta. Hijo de un alfarero, llevó durante toda su vida una conducta criminal; sin embargo supo acompañar sus maldades con tanta fuerza física y de carácter, que dedicado a la milicia, pasando por todos sus grados, llegó a ser pretor de Siracusa. Cuando ya era pretor, y habiendo deliberado convertirse en príncipe y mantener con violencia y sin obligación alguna hacia los demás aquello que por acuerdo general le había sido concedido, tras ponerse de acuerdo con el cartaginés Amílcar, que estaba por entonces en Sicilia con sus ejércitos, reunió una mañana al pueblo y al Senado, como si hubiera de tratar cosas pertinentes a la república; y a una señal convenida, hizo que sus soldados asesinaran a todos los senadores y a los más ricos de la ciudad; muertos éstos, ocupó y conservó el principado de la ciudad sin ningún tipo de oposición interna. Y aunque fue derrotado dos veces y al fin incluso asediado por los Cartagineses, no sólo supo defender su ciudad, sino que dejando que parte de sus tropas resistieran al asedio, asaltó África con las restantes y en breve espacio de tiempo libró a Siracusa del cerco y puso a los Cartagineses en tan comprometida situación que tuvieron necesariamente que pactar con él y contentándose con la posesión de África, dejar a Agatocles la de Sicilia. Quien considere, pues, las acciones y la vida de éste, verá que pocas cosas, o ninguna, son atribuibles a la fortuna; porque como dijimos antes, si llegó al principado no fue gracias a los favores de nadie, sino pasando dificultades y peligros, y si se mantuvo luego en él fue gracias a sus audaces y arriesgadas disposiciones. Pero no se puede llamar 3 virtud, el asesinar a sus ciudadanos, traicionar a los amigos, no tener palabra, ni piedad, ni religión; estos medios harán ganar poder pero no gloria. Porque, si se considera 4 la virtud de Agatocles al arrostrar y vencer los peligros, y su grandeza de ánimo a la hora de soportar y superar las

adversidades, no se ve por qué se le deba juzgar inferior a cualquier otro excelentísimo capitán; pero en cambio su ferroz e inhumana crueldad, así como sus innumerables maldades no consenten que sea celebrado entre los hombres más excelentes. No se puede, pues, atribuir a la fortuna o a la virtud lo que él consiguió sin la una ni la otra. 5

En nuestros días, durante el papado de Alejandro VI, Oliverotto de Fermo, huérfano de padre desde su niñez, fue criado por un tío materno, llamado Giovanni Fogliani, y muy joven aún puesto a combatir bajo la enseña de Paulo Vitelli<sup>2</sup>, para que bien formado en disciplina militar pudiera llegar a conseguir un elevado grado en la milicia. Muerto Paulo, militó bajo las órdenes de Vitellozzo, su hermano, y en brevísimo tiempo, por su ingenio, su fuerza física y su valor, se convirtió en el primer hombre de su milicia. Pero pareciéndole cosa servil el estar bajo las órdenes de otros, pensó, con la ayuda de algunos ciudadanos que estimaban más la esclavitud que la libertad de su patria y con el favor vitellesco, ocupar Fermo; así pues, escribió a Giovanni Fogliani diciendo que tras largos años de ausencia deseaba ahora regresar, para verle a él, visitar su ciudad, y en cierta manera reconocer la situación de su patrimonio; y como que hasta entonces todas sus fatigas habían ido encaminadas a adquirir honores, deseaba regresar para que sus conciudadanos pudieran ver que no había perdido el tiempo en vano, con toda la dignidad conveniente y acompañado por cien soldados a caballo, amigos y servidores suyos; y le rogaba se dignara dar las órdenes pertinentes para que los ciudadanos de Fermo le recibieran debidamente; con lo que no sólo se honraría a Oliverotto sino también a él por ser su tío. No faltó pues Giovanni para con su sobrino a ninguno de los deberes de la hospitalidad, y habiéndole hecho recibir honrosamente por los ciudadanos de Fermo, le alojó en su propia casa: allí, pasados unos días, que le sirvieron a Oliverotto para preparar secretamente

<sup>2</sup> Paolo Vitelli fue uno de los más famosos «condottieri» de la época. Comandante de las tropas florentinas que acosaron Siena, fue ejecutado por sospechas de traición en octubre de 1499.

todo cuanto necesitaba para su futuro engaño, organizó un banquete solemnísimos al que invitó a Giovanni Fogliani y a todos los ciudadanos importantes de Fermo. Acabadas las viandas y demás entretenimientos usuales en este tipo de banquete, Oliverotto suscitó, a propósito, una discusión sobre ciertos temas graves, hablando de la grandeza del Papa Alejandro y de su hijo César, y de las empresas de ambos. Como a tales razonamientos Giovanni y los otros replicaran, Oliverotto se levantó de repente diciendo que eran aquellas cosas para ser habladas en lugar más secreto, y se retiró a una habitación contigua, seguido por Giovanni y los otros ciudadanos.

Apenas habían tomado asiento, cuando de distintos lugares secretos de la habitación salieron soldados que asesinaron a Giovanni y a todos los demás. Después de este homicidio, Oliverotto montó a caballo, ocupó la ciudad y sitió el palacio del supremo magistrado, de tal manera que el miedo les obligó a obedecerle y a constituir un gobierno del que se erigió en príncipe. Muertos aquellos que, por su descontento, podían dañarle, se afianzó en el poder con nuevas instituciones civiles y militares, de forma que en el curso del año que ostentó el principado, no sólo estuvo seguro en la ciudad de Fermo, sino que consiguió hacerse temer por todos sus vecinos.

Y habría sido inexpugnable, como Agatocles, si no se hubiera dejado engañar por César Borja cuando en Sinigaglia, como antes dijimos, apresó a los Orsini y a Vitelli; y allí, cautivo él también, un año después de cometido el parricidio<sup>3</sup>, fue estrangulado junto a Vitellozzo, que había sido su maestro en la virtud y en el crimen.

Alguien podría extrañarse de que Agatocles, y algún otro parecido a él, luego de infinitas traiciones y crueldades, pudiera vivir largo tiempo seguro en su patria, y defenderse de los enemigos exteriores sin que sus ciudadanos hubieran conspirado nunca contra él; mientras muchos otros, mediante la crueldad, no han podido en tiempos de paz

<sup>3</sup> Giovanni Fogliani no era el padre de Oliverotto, pero se había comportado como tal, de ahí que Maquiavelo use la palabra parricidio.

mantener su estado, y no digamos ya en tiempos de guerra. Creo que esto sea debido al mal o buen uso de la crueldad<sup>4</sup>. Bien usadas pueden llamarse aquellas crueldades que (si del mal es lícito hablar bien) se hacen de golpe por la necesidad de afianzarse en el poder, y sobre las que luego no se insiste, sino que por el contrario se convierten, en lo posible, en una gran utilidad para los súbditos<sup>5</sup>. Mal usadas son aquellas que, aun siendo pocas al principio, con el tiempo van aumentando en lugar de disminuir. Los que siguen el primer modo, pueden, con ayuda de Dios y de los hombres, encontrar algún remedio para su estado, como le sucedió a Agatocles; los otros es imposible que se mantengan.

Por eso, no hay que olvidar, que al apoderarse de un estado, el príncipe deberá estudiar muy bien todas aquellas ofensas que considere ineludibles, y actuarlas de golpe, para no tener que renovarlas día a día, y así, no renovándolas, poder tranquilizar a sus nuevos súbditos y ganárselos fácilmente con nuevos favores. Quien proceda de otro modo ya sea por timidez o por estar mal aconsejado, se verá obligado a tener siempre el cuchillo en la mano; jamás podrá apoyarse en sus súbditos, ya que éstos no se fiarán de él dadas las recientes y continuadas injurias. Porque las injurias han de hacerse todas a la vez, para que paladeándolas menos hagan también menos daño, mientras que los favores hay que hacerlos poco a poco, para que puedan saborearse mejor. Y un príncipe sobre todo ha de comportarse con sus súbditos de manera que nada, bueno o malo, le haga cambiar; porque, cuando con los tiempos adversos viene la necesidad, ya no estás en condiciones de hacer el mal, y el bien que haces ya no te aprovecha, porque no será juzgado sincero y nadie te lo agradecerá.

<sup>4</sup> Ver capítulo XVII.

<sup>5</sup> El príncipe nuevo debe *siempre* buscar el bien de sus súbditos, o sea una buena organización civil del principado.

ocioso en tiempos de paz; sino que con habilidad irá adquiriendo un capital de experiencia del que valerse en momentos de adversidad para que, cuando cambie la fortuna, ésta lo encuentre preparado a resistir.

XV ( $v=1$ )

*De his rebus quibus homines et praesertim principes laudantur aut vituperantur*<sup>1</sup>

**N**OS queda ahora por ver cuáles deben ser el comportamiento y gobierno de un príncipe con súbditos y amigos<sup>2</sup>. Y como sé que muchos han escrito sobre esto, temo, al escribir yo también sobre ello, ser tenido por presuntuoso, máxime al alejarme, hablando de esta materia, de los métodos seguidos por los demás. Pero siendo mi intención escribir algo útil para quien lo lea, me ha parecido más conveniente buscar la verdadera realidad<sup>3</sup> de las cosas que la simple imaginación de las mismas. Y muchos se han imaginado repúblicas y principados que nunca se han visto ni se ha sabido que existieran realmente<sup>4</sup>; porque hay tanta diferencia de cómo se vive a cómo se debe vivir, que quien deja lo que se hace por lo que se debería hacer, aprende más bien su ruina que su salvación: porque un hombre

<sup>1</sup> De aquellas cosas por las que los hombres y especialmente los príncipes son alabados o vituperados.

<sup>2</sup> Capítulo fundamental para la comprensión del «método» de Maquiavelo. Se ha discutido mucho sobre quiénes pueden ser los autores contra los que el nuestro dirige sus polémicos razonamientos. Evidentemente todos los que él pudo conocer que escribiendo sobre política lo hicieron en el modo criticado, desde Platón a los tratadistas medievales de *regimine principum*.

<sup>3</sup> «verità effettuale» en el original. El pesimismo de Maquiavelo procede más que de una radical desconfianza en el ser humano, de una concreta y directa observación de la frecuente actuación del hombre en la historia. De la comprobación de la verdadera realidad.

<sup>4</sup> Es difícil precisar a quién se refiere, probablemente piensa en Platón, pero lo que sí queda claro es su radical oposición a una larga tradición de pensamiento político teórico de la que quizás se puede exceptuar tan sólo a Marsilio de Padua.

que quiera en todo hacer profesión de bueno fracasará necesariamente entre tantos que no lo son. De donde le es necesario al príncipe que quiera seguir siéndolo aprender a poder no ser bueno y utilizar o no este conocimiento según lo necesite.

Dejando por lo tanto de lado todo lo imaginado acerca de un príncipe y razonando sobre lo que es la realidad, digo que todos los hombres, cuando se habla de ellos —y sobre todo los príncipes por su situación preeminente—, son juzgados por alguna de estas cualidades que les acarrearán o censura o alabanza: y así, uno es tenido por liberal, otro por mezquino (usando un término toscano, ya que «avaro», en nuestra lengua es aquel que desea poseer por rapiña, mientras llamamos «mezquino» al que se abstiene en demasía de utilizar lo propio)<sup>5</sup>; uno es considerado generoso, otro rapaz; uno cruel, otro compasivo; uno desleal, otro fiel; uno afeminado y pusilánime, otro feroz y atrevido; uno humano, otro soberbio; uno lascivo, otro casto; uno recto, otro astuto; uno duro, otro flexible; uno ponderado, otro frívolo; uno religioso, otro incrédulo y así sucesivamente. Y yo sé que todos admitirán que sería muy encomiable que en un príncipe se reunieran, de todas las cualidades mencionadas, aquéllas que se consideran como buenas; pero puesto que no se pueden tener todas ni observarlas plenamente, ya que las cosas de este mundo no lo consienten<sup>6</sup>, tiene que ser tan prudente que sepa evitar la infamia de aquellos vicios que le arrebatarían el estado y guardarse, si le es posible, de aquéllos que no se lo quiten; pero si no fuera así

<sup>5</sup> «misero-avaro» en el original. Como muy bien nota L. Russo, es una «deliziosa osservazione linguistica» de alguien que aunque fundamentalmente preocupado por la verdad política no lo está menos por su arte y por la gloria de su lengua.

<sup>6</sup> La regla moral, primero aceptada, es negada luego fundándose en una situación de hecho. Pero hay que precisar que Maquiavelo no habla de una total maldad humana (las buenas cualidades no se pueden observar *por entero*) ni tampoco hace provenir esta maldad de una inmodificable estructura de la naturaleza humana. Lo que hace que el bien no pueda respetarse siempre, lo que a veces empuja al mal, son las «condizione umane», las condiciones de la historia, las cosas de este mundo.

que incurra en ellos con pocos miramientos. Y aún más, que no se preocupe de caer en la infamia de aquellos vicios sin los cuales difícilmente podría salvar el estado; porque si consideramos todo cuidadosamente, encontraremos algo que parecerá virtud, pero que si lo siguiese sería su ruina<sup>1</sup> y algo que parecerá vicio pero que, siguiéndolo, le proporcionará la seguridad y el bienestar propio.

## XVI (v=2)

### *De liberalitate et parsimonia*<sup>1</sup>

**E**MPEZANDO pues por las primeras cualidades mencionadas, reconozco lo bueno que sería ser considerado liberal<sup>2</sup>: no obstante, la liberalidad usada de modo que todos te tengan por generoso, puede perjudicarte; porque si se practica virtuosamente y como es debido, de manera que no se note, no te evitará el ser tachado de lo contrario. Y además, si se quiere mantener entre los hombres el título de liberal es necesario no olvidar ninguno de los componentes de la magnificencia; de tal manera que siempre un príncipe de tales características consumirá todo su patrimonio en esto, y al fin, si quiere mantener su fama de liberal, se verá obligado a gravar con fuertes impuestos al pueblo y a ser exigente<sup>3</sup> y a hacer todo lo que pueda para conseguir dinero, lo que le acarreará el odio de sus súbditos, la poca estima de todos y al final la pobreza; de manera que con esta liberalidad suya, habiendo ofendido a muchos y premiado a pocos<sup>4</sup> se resentirá al primer inconve-

<sup>1</sup> De la liberalidad y la parsimonia.

<sup>2</sup> Como es obvio, liberal aquí significa: generoso, dadasivo, espléndido.

<sup>3</sup> Para mantener su reputación de «liberal», el príncipe faltará a uno de los preceptos fundamentales del «principado civil», es decir, se granjeará la enemistad del pueblo exigir los impuestos más allá del límite soportable.

<sup>4</sup> Así el príncipe invierte los términos de la regla fundamental del «principado civil» definida en el capítulo IX, que era la de perjudicar a los grandes (que son pocos) y mantener la fidelidad del pueblo, que son los más.

niente y caerá frente a la primera ocasión de peligro; por lo que sabiendo todo esto y queriéndolo evitar, se gana en seguida fama de mezquino.

2. Un príncipe, pues, no pudiendo practicar de manera conocida la virtud del liberal, sin salir por ello perjudicado, debe, si es prudente, no preocuparse de ser tachado de mezquino: porque con el tiempo irá siendo tenido cada vez por más liberal al ver sus súbditos que con su parsimonia le bastan sus rentas, puede defenderse de los que le hacen la guerra, y puede llevar a cabo grandes empresas sin gravar al pueblo; de manera que es liberal con todos aquellos a los que no quita nada, que son muchísimos, y mezquino con todos aquellos a los que no da, que son pocos<sup>5</sup>. En nuestros días, sólo vimos hacer grandes cosas a quienes fueron considerados mezquinos y fracasaron a los otros. El papa Julio II<sup>6</sup> una vez aprovechada su fama de liberal para obtener el papado, no pensó ya en mantenerla para poder así hacer la guerra; el actual rey de Francia ha hecho tantas guerras sin imponer una sola contribución extraordinaria a sus súbditos gracias a que su gran parsimonia ha sabido compensar los gastos superfluos; el actual rey de España, si hubiera tenido fama de liberal no hubiera emprendido ni superado tantas empresas<sup>7</sup>.

Por lo tanto, un príncipe debe preocuparse bien poco de que lo tachen de mezquino mientras no tenga que robar a sus súbditos para defenderse, ni se vea abocado a la pobreza y al desprecio, ni se vea forzado a convertirse en rapaz, porque este es uno de aquellos vicios que lo hacen reinar.

<sup>5</sup> De nuevo la regla fundamental, antagonizar a los menos posibles. Ser considerado espléndido por muchos a los que no perjudicas con impuestos extras y odiado por los pocos que no habrán podido gozar de una corte suntuosa.

<sup>6</sup> Sobre la liberalidad de Julio II al hacer promesas (a César Borja) véase la carta de Maquiavelo desde Roma de 26 de noviembre de 1503 en *Legazioni*, II, págs. 411-412 y cfr. Guicciardini, *Storia d'Italia*, VI, 5.

<sup>7</sup> De la parsimonia del rey de Francia había hablado en carta escrita desde la corte francesa el 27 de agosto de 1500, *Legazioni*, I, pág. 160. En carta a Vettori del 26, agosto de 1513 (la época del *Príncipe*) Fernando el Católico es definido como «taccagno et avaro».

Y si alguien dijera: César con su liberalidad alcanzó el imperio, y muchos otros precisamente por haber sido liberales y considerados como tales, alcanzaron puestos importantísimos, respondo: o bien has alcanzado el poder o estás en vías de alcanzarlo: en el primer caso esta liberalidad es perjudicial; en el segundo, es muy necesario ser tenido por liberal. Y César era uno de los que quería llegar al principado de Roma; pero si una vez alcanzado, hubiera sobrevivido y no hubiera moderado sus gastos, habría destruido aquel imperio. Y si alguien replicase: muchos príncipes tenidos por liberales han hecho grandes cosas con sus ejércitos, le respondo: o el príncipe gasta lo suyo y lo de sus súbditos o lo de otros; en el primer caso debe ser parco; en el segundo no debe olvidar ninguno de los aspectos de la liberalidad. Y el príncipe que va con sus ejércitos que se nutre de botines, de saqueos y rescates, administra lo que es de otros, y le es necesaria esta liberalidad; de lo contrario sus soldados no le seguirían. Y de lo que no es tuyo o de tus súbditos se puede ser mucho más espléndido, como fueron Ciro, César y Alejandro; porque el gastar lo de los demás no te quita reputación, sino que te la aumenta: sólo el gastar lo tuyo te perjudica. Y no hay nada que se consuma tanto a sí mismo como la liberalidad: porque mientras la usas pierdes la facultad de usarla y te conviertes o en pobre y despreciable o para huir de la pobreza, en rapaz y odioso. Y de entre todas las cosas de las que un príncipe debe guardarse está la de ser digno de desprecio y de odio; y la liberalidad te conduce a lo uno y a lo otro. Por lo tanto, es más sabio ganarse el nombre de miserable que genera una infamia sin odio, que por pretender la fama de liberal, verse obligado a incurrir en la de rapaz, que produce infamia con odio<sup>8</sup>.

<sup>8</sup> Se resume aquí muy eficazmente la «moral» del capítulo: mejor la fama de avaro, que no acarrea odio, que la de liberal que a la larga no puede por menos que acarrearlo.

*De crudelitate et pietate; et an sit melius amari  
quam timeri, vel e contra*<sup>1</sup>

**P**ROSIGUIENDO con las otras cualidades mencionadas, digo que todo príncipe debe desear ser tenido por compasivo y no por cruel: no obstante, ha de procurar no hacer mal uso de su compasión<sup>2</sup>. César Borja era considerado cruel y sin embargo su crueldad restableció el orden en la Romaña, la unificó y la redujo a la paz y a la lealtad al soberano<sup>3</sup>. Si se estudia bien todo esto, se verá que fue mucho más compasivo que el pueblo florentino, que para evitar ser tachado de cruel, permitió la destrucción de Pistoia<sup>4</sup>. Por lo tanto un príncipe no debe preocuparse de la fama de cruel si con ello mantiene a sus súbditos unidos y leales<sup>5</sup>; porque, con poquísimos castigos ejemplares, será

<sup>1</sup> De la crueldad y la compasión; y de si es mejor ser amado que temido, o todo lo contrario.

<sup>2</sup> La contraposición no es entre «crueldad y pietá», crueldad y compasión, sino entre «pietá y pietá», es decir, entre compasión bien entendida o mal entendida. Pensemos en la crueldad bien o mal usadas del capítulo VIII.

<sup>3</sup> He aquí una «crueldad», para los que no entienden de política, que se convierte en «pietá» para los que consideran el hecho sin prejuicios morales. Maquiavelo alude con este ejemplo a la obra de destrucción de la fuerza feudal emprendida por César en los pocos años en que fue señor de la Romaña, aprovechada luego muy bien por Julio II, y que en toda la historiografía posterior, incluso la más negativa a la hora de juzgar a los Borja, ha sido considerada como ejemplo de buena administración. Véase, Guicciardini, *Storia d'Italia* VI, y A. Gramsci, *Note sul Machiavelli, sulla politica e sullo Stato moderno*.

<sup>4</sup> Maquiavelo presenta claramente el ejemplo de «crudelty pietosa», ya delineado en el capítulo VIII al hablar de los actos de crueldad que deben llevarse a cabo de una sola vez para que luego puedan ser utilizados en beneficio del pueblo.

<sup>5</sup> También en *Discorsi*, I, 9: «Colui che é violento per guastare, non quello che é per racconciare, si debbe riprendere». La violencia, puede justificarse tan sólo si contribuye a la creación de la paz y el orden, en beneficio del pueblo, es decir de muchos contra pocos.

más compasivo que aquéllos que, por excesiva clemencia, dejan prosperar los desórdenes de los que resultan asesinatos y rapiñas; porque éstas suelen perjudicar a toda una comunidad, mientras las ejecuciones ordenadas por el príncipe perjudican tan sólo a los menos<sup>6</sup>. Y de entre todos los príncipes es el nuevo al que ~~le~~ es imposible rehuir la fama de cruel, porque el estado nuevo está lleno de peligros. Y Virgilio, en boca de Dido, dice:

*Res dura, et regni novitas me talia cogunt  
Moliri, et late fines custode tueri*<sup>7</sup>

No obstante ha de ser circunspecto en el creer y en el actuar, no temerse a sí mismo y proceder moderadamente con prudencia y medida, para que el exceso de confianza no le haga incauto y la excesiva desconfianza no le vuelva intolerable.

Surge de esto una duda: si es mejor ser amado que temido o viceversa. La respuesta es que convendría ser lo uno y lo otro; pero como es difícil combinar ambas cosas, es mucho más seguro ser temido que amado cuando se haya de prescindir de una de las dos. Porque de los hombres, en general, se puede decir esto: que son ingratos, volubles, hipócritas, falsos, temerosos del peligro y ávidos de ganancias; y mientras les favoreces, son todo tuyos, te ofrecen su sangre, sus bienes, la vida e incluso los hijos —como ya dije antes— mientras no los necesitas; pero, cuando llega el momento, te dan la espalda<sup>8</sup>. Y aquel príncipe que lo ha

<sup>6</sup> De nuevo, el concepto de que es más fácil asegurarse de unos pocos, que de muchos. Russo observó que el término «particulare» aquí usado, es la contraposición de universalidad y en lugar de traducir por privado, particular, hay que traducir por «los menos», es decir, el menor, respecto al mayor número.

<sup>7</sup> «La dura necesidad y la novedad del reino me obligan a adoptar tales medidas y a defender con vasta guardia las fronteras». *Eneida*, I, versos 562-563.

<sup>8</sup> Este es uno de los fragmentos más populares del *Príncipe* uno de los raros momentos en los que Maquiavelo, según G. Sasso (en edición del *Príncipe*) razona sobre la maldad humana en términos «bassamente psicologici», ya que es más frecuente el que nuestro autor atribuya esta

fundado todo en promesas, encontrándose falto de otro apoyo, fracasa; porque las amistades que se adquieren con dinero y no con grandeza y nobleza de ánimo, se compran pero no se tienen, y en los momentos de necesidad no pueden contar con ellas. Además, los hombres tienen menos miedo de ofender al que se hace querer, que al que se hace temer; porque el amor está mantenido por un vínculo de obligación, que dada la malicia humana, se rompe por cualquier motivo de utilidad propia; pero el temor se mantiene gracias al miedo al castigo que no nos abandona jamás.

Debe, no obstante, el príncipe hacerse temer de manera que si no se gana el amor, evite el odio; porque puede muy bien ser temido y a la vez odiado; lo que conseguirá siempre que se abstenga de tocar los bienes y las mujeres de sus ciudadanos y de sus súbditos. Y si alguna vez tuviera que proceder contra la familia de alguno de ellos, ha de hacerlo con causa manifiesta y conveniente justificación<sup>9</sup>, pero sobre todo, debe respetar la hacienda ajena, porque los hombres olvidan antes la muerte del padre que la pérdida del patrimonio<sup>10</sup>. Y además nunca faltarán pretextos para arrebatar los bienes ajenos; y quien empieza a vivir de la rapiña, encuentra siempre motivos para apoderarse de lo de los demás; en cambio, los motivos para matar a alguien son más escasos y duran menos.

Pero cuando el príncipe está con sus ejércitos y tiene a sus órdenes a multitud de soldados, entonces es absolutamente necesario que no se preocupe de la fama de cruel; porque sin esta fama no se mantiene nunca un ejército unido ni dispuesto a acción alguna. Entre las admirables em-

inclinación humana al mal a la compleja e insidiosa «situación del hombre en la historia» que a su estructura psicológica.

<sup>9</sup> Para no caer en la infamia anteriormente comentada de «contenendo», es decir, para no hacerse odioso.

<sup>10</sup> Otro de los célebres comentarios de Maquiavelo sobre la maldad humana, que ha adquirido casi rango de proverbio. Sasso cita un breve escrito de 1512 en que se repite este mismo criterio: «... gli nomini si dolgono piú d'uno podere che sia loro tolto, che d'uno fratello o padre che fussi loso morto, perché la morte si dimentica qualche volta, la roba mai...» (Confrontar también a este propósito el comentario de L. Russo en *Machiavelli*, Universale Laterza, Bari 1966, pág. 26, entre otras.)

presas de Aníbal se enumera ésta: que teniendo un ejército grandísimo, mezcla de diversas razas, llevado a luchar a tierras ajenas, jamás surgió en él disensión alguna, ni entre ellos ni contra el príncipe, tanto en los momentos buenos como en los malos. Lo que no podía provenir de nada más que de su inhumana crueldad; la cual, junto a sus infinitas cualidades, lo hizo siempre, a los ojos de sus soldados, temible y respetado; sin ella, no le hubieran bastado sus otras cualidades para conseguir aquel resultado<sup>11</sup>. Y los escritos, en este tema poco ponderados, por una parte admiran su proeza pero por otra condenan la causa principal de ésta.

Y que sea verdad eso de que sus otras virtudes no le habrían bastado, se puede comprobar con el ejemplo de Escipión, hombre excepcional no sólo en su tiempo sino en todo el que alcanza la memoria, al que se le rebelaron sus ejércitos en España<sup>12</sup>; y la causa no fue otra que su excesiva clemencia, puesto que había concedido a sus soldados más licencia de la que convenía a la disciplina militar. Y todo eso se lo reprochó Fabio Máximo en el Senado, llamándole corruptor de la milicia romana. Y cuando los habitantes de Locres fueron destruidos por un legado suyo, ni les vengó ni corrigió la insolencia del legado, y todo provenía de su carácter blando: de tal manera que, queriendo alguien excusarlo en el senado, dijo que había muchos hombres a los que les era más fácil no errar que corregir los errores<sup>13</sup>; y este carácter, con el tiempo, habría empañado la fama y la gloria de Escipión de haber perseverado en él, ejerciendo el mando; pero viviendo bajo el gobierno del senado, esta cualidad suya, negativa, no sólo quedó oculta sino que le procuró gloria.

<sup>11</sup> Maquiavelo habla también de Aníbal y de su «innumana crudeltá» en los «ghiribizzi» a Soderini, publicados en las *Lettere*; y en los *Discorsi*, II, 21.

<sup>12</sup> Maquiavelo saca seguramente el ejemplo de Livio, 28, 24. El motivo principal de la rebelión, que tuvo lugar en el año 206 a. C. fue la enfermedad de Escipión pero nuestro amigo, como en otros momentos, arregla un poco la historia para que sirva mejor a sus propósitos.

<sup>13</sup> Como en los ejemplos anteriores Maquiavelo hace referencia a Livio, tal como ya notó Burd en su excelente comentario al *Príncipe* y al que ya nos hemos referido en distintas ocasiones.

Concluyo, pues, volviendo a eso de ser temido y amado, que amando los hombres según su voluntad y temiendo según las del príncipe, un príncipe sabio debe apoyarse en lo que es suyo y no en lo que es de otros; debe solamente ingeniárselas, como hemos dicho, para evitar el odio.

## XVIII (v=0)

### *Quomodo fides a principibus sit servanda*<sup>1</sup>

**T**ODOS sabemos cuán loable es en un príncipe mantener la palabra dada y vivir con integridad y no con astucia; sin embargo se ve por experiencia en nuestros días cómo aquellos que han tenido muy poco en cuenta la palabra dada y han sabido burlar con astucia el ingenio de los hombres, han hecho grandes cosas superando al final a aquéllos que se han basado en la lealtad<sup>2</sup>.

Debéis, pues, saber que hay dos modos de combatir: uno con las leyes; el otro con la fuerza; el primero es propio de los hombres, el segundo de las bestias; pero, puesto que el primero muchas veces no basta, conviene recurrir al segundo. Por lo tanto es necesario que un príncipe sepa actuar según convenga, como bestia y como hombre. Este punto ha sido enseñado, de manera velada, a los príncipes por los antiguos escritores, que nos cuentan cómo Aquiles y otros muchos príncipes antiguos fueron llevados al cen-

<sup>1</sup> De cómo los príncipes han de mantener la palabra dada.

<sup>2</sup> Este capítulo del *Príncipe* es, como dice Burd, el que mayor escándalo ha producido, «greater offence»; y según Sasso en sus notas al *Príncipe*, el texto más «tormentato, studiato, vilipeso, maledetto, tra quanti ne annoveri non solo l'intera opera del Machiavelli, ma l'intero pensiero político moderno». Es éste, efectivamente, un capítulo fundamental para entender no sólo la teoría de que de la situación del hombre en el mundo, en la historia, deriva la necesidad del mal, sino también el drama de la conciencia moral de Maquiavelo que, a pesar de saber cuán deseable sería el ejercicio exclusivo del bien, ve cómo el mundo de la política hace tal cosa imposible. Hay amargura y resentimiento en la constatación de que las circunstancias y el control de las mismas imponen al hombre, indudablemente, la elección del mal.

tauro Quirón, para que bajo su disciplina les educara. El hecho de tener por preceptor a un ser que es medio bestia y medio hombre, no quiere decir otra cosa que el príncipe necesita saber ser una y otra cosa; y que sin ambas naturalezas no podrá mantener su poder.

Estando pues el príncipe obligado a saber comportarse a veces como una bestia, de entre ellas ha de elegir a la zorra y al león<sup>3</sup>; porque el león no sabe defenderse de las trampas ni la zorra de los lobos. Es pues necesario ser zorra para conocer las trampas y león para atemorizar a los lobos. Los que sólo imitan al león no saben lo que llevan entre manos. Por consiguiente un señor prudente no puede, ni debe, mantener la palabra dada cuando tal cumplimiento se vuelva en contra suya y hayan desaparecido los motivos que le obligaron a darla<sup>4</sup>. Y si los hombres fuesen todos buenos, este precepto no lo sería, pero como son malos y no mantienen lo que te prometen, tú tampoco tienes por qué mantenérselo a ellos. Además, jamás le han faltado a un príncipe motivos legítimos con los que disimular su inobservancia. Sobre esto se podrían aducir infinidad de ejemplos modernos y mostrar cuántas paces, cuántas promesas se han revelado vanas y sin efecto, por la infidelidad de los príncipes: y el que mejor ha sabido imitar a la zorra ha salido mejor librado. Pero hay que saber disfrazar bien tal naturaleza y ser un gran simulador y disimulador: y los hombres son tan crédulos, y tan sumisos a las necesidades del momento, que el que engaña encontrará siempre quién se deje engañar.

No quiero callar uno de los ejemplos más recientes. Alejandro VI no hizo nunca nada ni pensó nada más que en

<sup>3</sup> Esta imagen tiene varios antecedentes cultos: Cicerón, *De officiis*, I, XIII, 41; en el párrafo anterior es evidente el eco ciceroniano de «generazioni» (dos modos de combatir), *De officiis* I, XI, 34; Dante, *Inferno* XVII, 74-75, e infinidad de populares. Pero la novedad de Maquiavelo radica en el principio que quiere expresar, y en su frecuente actitud de revestir la abstracción intelectual con imágenes sensibles.

<sup>4</sup> Primera formulación, según Sasso, del gran tema de la «relatividad» de la palabra dada, de la reducción «utilitarista» del principio de derecho natural: «pacta sunt servanda».

engañar a los hombres; y siempre encontró con quién poder hacerlo<sup>5</sup>. No hubo jamás hombre alguno que aseverara con mayor eficacia ni que afirmara cosa alguna con más juramentos y que, sin embargo, menos la observara: y a pesar de ello siempre le salieron los engaños según sus deseos<sup>6</sup>, porque conocía bien este aspecto del mundo.

Un príncipe no ha de tener necesariamente todas las cualidades citadas, pero es muy necesario que parezca que las tiene. Es más, me atrevería<sup>7</sup> a decir eso: que son perjudiciales si las posees y practicas siempre, y son útiles si tan sólo haces ver que las posees: como parecer compasivo, fiel, humano, íntegro, religioso, y serlo; pero estar con el ánimo dispuesto de tal manera que si es necesario no serlo puedas y sepas cambiar a todo lo contrario. Y hay que tener bien en cuenta que el príncipe, y máxime uno nuevo, no puede observar todo lo que hace que los hombres sean tenidos por buenos, ya que a menudo se ve forzado para conservar el estado a obrar contra la fe, contra la caridad, contra la humanidad, contra la religión. Por eso tiene que contar con un ánimo dispuesto a moverse según los vientos de la fortuna y la variación de las circunstancias se lo exijan, y como ya dije antes, no alejarse del bien, si es posible, pero sabiendo entrar en el mal si es necesario.

Debe, por lo tanto, el príncipe tener buen cuidado de que no se le escape jamás de la boca cosa alguna que no esté llena de las citadas cinco cualidades, y debe parecer, al verlo y oírlo, todo compasión, todo lealtad, todo integridad, todo humanidad, todo religión. Y no hay nada que sea más necesario aparentar que se practica, que esta última cualidad. Y los hombres, en general, juzgan más por los

<sup>5</sup> En el original «subietto», ocasión, materia, individuo, es decir gente dispuesta a dejarse engañar. La astucia de Alejandro VI había ya alcanzado dimensiones proverbiales entre sus contemporáneos.

<sup>6</sup> En el original «ad votum», según su deseo, sus esperanzas. Frecuentemente usado por Maquiavelo.

<sup>7</sup> El término «ardiró», me atreveré, lo utiliza Maquiavelo para subrayar la gravedad, la excepcional crudeza de lo que va a decir, no la novedad, ya que tales cosas no las dice de ninguna manera por primera vez en este párrafo; las ha dicho ya en otros lugares, incluso en el mismo capítulo.

ojos que por las manos<sup>8</sup>; que a todos es dado ver, pero tocar a pocos. Todos ven lo que pareces pero pocos sienten lo que eres y esos pocos no se atreven a oponerse a la opinión de la mayoría que tiene además el poder<sup>9</sup> del estado que les protege; y en las acciones de todos los hombres, especialmente de los príncipes, donde no hay tribunal al que apelar, se atiende al resultado<sup>10</sup>. Procure pues el príncipe ganar y conservar el estado: los medios serán siempre juzgados honorables y alabados por todos; ya que el vulgo se deja cautivar por la apariencia y el éxito<sup>11</sup>, y en el mundo no hay más que vulgo; y los pocos no tienen sitio cuando la mayoría tiene donde apoyarse. Cierta príncipe de nuestro tiempo, al que no es oportuno nombrar<sup>12</sup>, no predica más que paz y lealtad, cuando de la una y de la otra es acérrimo enemigo; y tanto la una como la otra, de haberlas observado, le habrían arrebatado o la reputación o el estado.

<sup>8</sup> En el original: «iudicano più alli occhi che alle mani», juzgan más por lo que se ve (por las apariencias) que por lo que se toca (por la realidad). Confrontar con *Discorsi*, I, 25.

<sup>9</sup> En el texto: «maestá dello stato», el poder, la fuerza, el prestigio, el peso del estado.

<sup>10</sup> Ya en 1512, en los «*Ghiribizzi*» a Soderini, publicados junto a sus *Lettere*, Maquiavelo había escrito: «Donde io vedo... che si habbia nelle cose a giudicare il fine come le son fatte, et non il mezzo come le si fanno». Ver también, *Discorsi*, III, 25. Para Puppo, en sus notas a la ya citada edición del *Príncipe*, este «fine» no indica finalidad a alcanzar, lo que llamamos tantas veces hablando precisamente de Maquiavelo «fin», sino éxito final de una determinada acción, conclusión. Tiene pues un significado técnico que se sustrae a toda valoración de carácter ético o religioso.

<sup>11</sup> En el texto: «lo evento della cosa», el éxito de la acción, como en *Istorie fiorentine*, III, 13, «coloro che vincono, in qualunque maniera vincano, mai non ne riportano vergogna».

<sup>12</sup> Se refiere a Fernando el Católico a propósito del que se puede ver *Príncipe*, Capítulo XXI, y confrontar también la opinión de Guicciardini, *Op. ined.*, VI, 286: «Io credo bene che e' sappi simulare sopra tutti li altri uomini».

*De contemptu et odio fugiendo*<sup>1</sup>

PUESTO que ya he hablado de las cualidades más importantes de entre todas las mencionadas anteriormente, quiero ahora discurrir brevemente acerca de las demás ateniéndome a este punto de vista genérico: que el príncipe ha de procurar, tal como en parte se ha dicho más arriba, evitar todo aquello que le haga odioso o digno de menosprecio<sup>2</sup>; si así lo hace habrá cumplido con su papel de príncipe, y sus otros defectos no representarán peligro alguno para él. Le hace odioso, sobre todo, como ya he dicho, el ser rapaz y usurpador de los bienes y de las mujeres de sus súbditos: de eso ha de guardarse; que la mayoría de los hombres siempre que no se les quita ni los bienes ni el honor viven contentos, y sólo hay que combatir la ambición de unos pocos, que fácilmente y de distintas maneras puede ser refrenada. Lo hace despreciable el ser considerado voluble, frívolo, afeminado, pusilánime, irresoluto: de todo eso ha de guardarse un príncipe como de un escollo e ingeniárselas para que en sus acciones se reconozca<sup>3</sup> grandeza de ánimo, valor, gravedad, fortaleza; y en lo que toca a los asuntos privados de sus súbditos ha de procurar que su sentencia sea irrevocable; manteniendo así su prestigio de manera que nadie piense ni en engañarle ni en confundirle.

El príncipe que da de sí esta imagen adquiere gran re-

<sup>1</sup> De qué manera se ha de evitar al ser menospreciado y odiado.

<sup>2</sup> Maquiavelo recuerda un tema ya desarrollado en los capítulos XIV, XVI y sobre todo XVII.

<sup>3</sup> Para Sasso, en contra de otras opiniones, el verbo empleado aquí, «si riconosca», no es nada ambiguo. Parecer «grave, valeroso, etc.» sin serlo podría ser peligroso, porque son virtudes políticas, al igual que, según las circunstancias, puede ser «virtud política» la falta de virtud ética, es decir: la falta de piedad, lealtad o religión; recuérdese, en el capítulo anterior, los ejemplos de Aníbal y Escipión.

putación, y contra alguien que tiene tan buena reputación difícilmente se conjura; difícilmente se ataca a alguien al que se sabe tenido por excelente y reverenciado por los suyos. Porque un príncipe ha de abrigar dos temores: uno interior, de sus súbditos; otro exterior, de los poderosos príncipes extranjeros. De este último temor se defiende con buenos ejércitos y buenos amigos; y siempre que esté bien armado tendrá buenos amigos; y siempre que las cosas de fuera estén tranquilas estarán tranquilas las del interior, a menos que se vean perturbadas por una conjura; y aun cuando los asuntos externos se agitaran, si el príncipe se ha organizado y ha vivido como he dicho<sup>4</sup>, si no pierde la cabeza, podrá aguantar cualquier ataque, tal como dije que hizo el espartano Nabis. Y en cuanto a los súbditos, mientras las cosas en el exterior no se muevan, sólo hay que temer que no se conjuren secretamente: de lo que el príncipe puede guardarse muy bien, evitando ser odiado o despreciado y manteniendo al pueblo satisfecho con él; conseguir esto es absolutamente necesario, como expuse anteriormente con gran prolijidad. Y uno de los remedios más potentes que pueda tener un príncipe contra las conjuras es el no ser odiado por la mayoría; porque siempre el que conjura cree satisfacer al pueblo con la muerte del príncipe; pero si cree que por el contrario ha de ofenderlo, no se anima a tomar semejante partido, ya que las dificultades con que han de enfrentarse los conjurados son infinitas. Por experiencia vemos que han sido muchas las conjuras pero pocas han llegado a buen fin; porque el que conjura no puede estar solo, ni puede tampoco buscar otra compañía que la de los que cree descontentos; y tan pronto como a un descontento le descubres tus intenciones le das motivo para contentarse, ya que evidentemente denunciándote puede esperar todo tipo de recompensas: de manera que, viendo la ganancia segura por esta parte, y por la otra incierta y llena de peligros, ha de ser un amigo fuera de lo común o bien un acérrimo y obstinado enemigo del príncipe.

<sup>4</sup> En el capítulo IX. Para lo que se refiere a las conjuras, cfr. *Discorsi*, III, 6.

cipe para mantenerse fiel a la palabra dada. Para hacerlo más breve, digo que por parte del conjurado no hay sino miedo, recelos, temor al castigo que lo atemoriza; en cambio de la parte del príncipe está la majestad del poder<sup>5</sup>, las leyes, el apoyo de los amigos y del estado que lo defienden; de manera que si a todo esto añadimos la benevolencia popular, es imposible que exista nadie tan temerario que conjure. Porque si de ordinario un conjurado ha de temer antes de la ejecución del mal, en este caso (teniendo al pueblo en contra suya) debe continuar temiendo incluso luego de haber llevado a cabo el delito<sup>6</sup>, al no poder esperar refugio ni ayuda de nadie.

Sobre esta materia podrían darse infinitos ejemplos, pero me contentaré con citar tan sólo uno que tuvo lugar en época de nuestros padres<sup>7</sup>. Messer Annibale Bentivoglio, príncipe de Bolonia, abuelo del actual messer Annibale, fue asesinado por los Canneschi que se habían conjurado contra él, no dejando otro descendiente que messer Giovanni (entonces un niño en pañales); inmediatamente después de este homicidio, el pueblo se levantó y mató a todos los Canneschi. La causa de esto fue el amor que el pueblo sentía entonces por los Bentivoglio: y era tan grande este amor, que, no quedando en Bolonia nadie de la familia que pudiera, muerto Annibale, gobernar el estado, los boloñeses, concedores de que en Florencia vivía un descendiente de los Bentivoglio, que se había considerado hasta entonces hijo de un herrero, vinieron por él a Florencia y le dieron el gobierno de la ciudad: que fue gobernada por él hasta que messer Giovanni alcanzó una edad conveniente para gobernar.

Concluyo, pues, diciendo que el príncipe debe tener poco en cuenta las conjuras cuando tenga el favor del pueblo; pero si el pueblo está descontento y le odia debe temer por

<sup>5</sup> Ver nota 9, capítulo XVIII.

<sup>6</sup> En el original «eccesso», delito. También en Leopardi tiene este sentido: «Qual fallo mai, qual si nefando eccesso Machiomi anzi il natale» del *Ultimo canto di Saffo*, 37-38.

<sup>7</sup> El acontecimiento que narra Maquiavelo tuvo lugar el 24 de junio de 1445. Con más detalle se refiere también a él en *Istorie fiorentine*, VI, 9.

todo y a todos. Y los estados bien organizados, y los príncipes prudentes han tratado con toda diligencia de no desesperar a los poderosos y de satisfacer y tener contento al pueblo; porque éste es uno de los principales objetivos que pueda tener un príncipe.

Entre los reinos bien organizados y gobernados en nuestros días, se encuentra el de Francia<sup>8</sup>: hay en él infinitas instituciones buenas de las que depende la libertad y seguridad del rey. De ellas, la principal es el parlamento y su autoridad<sup>9</sup>; porque quien estructuró aquel reino, conociendo la ambición de los poderosos y su insolencia, y juzgando que necesitaban un freno que les contuviera y, por otra parte, consciente del odio (basado en el miedo que el pueblo sentía por la nobleza), queriendo asegurarles, no quiso que fuese ésta tarea particular del rey para evitarle los reproches por parte de los grandes señores si favorecía al pueblo o por parte del pueblo si favorecía a los grandes; así que creó un tercer juez, que fuera quien sin responsabilidad para el rey, escarmentara a los grandes y favoreciera a los humildes. No pudo ser esta resolución más acertada ni más prudente, ni pudo garantizar mejor la seguridad del rey y del reino.

De ella se puede extraer, además, otro principio importante: que los príncipes han de hacer que otros apliquen los castigos y reservarse ellos la concesión de gracias y beneficios. De nuevo concluyo que un príncipe ha de estimar a los nobles pero no hacerse odiar por el pueblo<sup>10</sup>.

Teniendo en cuenta la vida y muerte de algunos emperadores romanos, a muchos les parecerá quizás que son ejemplos contrarios a esta opinión mía, al encontrar que hubo

<sup>8</sup> De la admiración de Maquiavelo por la monarquía francesa, no tanto en cambio por el carácter de los franceses, dan fe los *Discorsi*, I, 16, I, 55, 58, III, 1, el *Ritrato di cose di Francia* e incluso el *Príncipe*, capítulo IV.

<sup>9</sup> El Parlamento, que en su origen no era más que un tribunal, fue transformado en asamblea general del reino por Felipe IV el Hermoso en 1302.

<sup>10</sup> Es evidente la raíz utilitaria de tal concepción. Observaciones parecidas las ha hecho en el capítulo VII a propósito de César Borja y Ramiro de Orco.

1 quien vivió siempre de forma extraordinariamente ilustre, mostrando gran virtud de ánimo, y, sin embargo, perdió el Imperio o incluso fue asesinado por sus súbditos que habían conjurado contra él. Queriendo, pues, responder a esta objeción, discurriré acerca de las cualidades de algunos emperadores<sup>11</sup> y mostraré las causas de su ruina, que no difieren en nada de las que hasta ahora he aducido; y además pondré de relieve cuanto pueda ser notable para quien lea los hechos de aquellos tiempos<sup>12</sup>. Y quisiera que me bastara tomar como ejemplo a todos aquellos emperadores que se sucedieron desde Marco Aurelio, el filósofo, a Maximino, es decir: Marco, Commodo su hijo, Pertinax, Julián, Severo, Antonino Caracalla su hijo, Macrino, Heliogábalo, Alejandro y Maximino<sup>13</sup>. Hay que tener en cuenta ante todo que mientras que en los demás principados hay que luchar tan sólo contra la ambición de los grandes y la insolencia del pueblo, los emperadores romanos se enfrentaban con una tercera dificultad: la de tener que soportar la crueldad y avidez de los soldados.

Y era eso tan difícil que ocasionó la ruina de muchos, ya que es casi imposible satisfacer a la vez a los soldados y al pueblo, pues el pueblo amaba la paz y por eso amaba a los príncipes moderados, mientras los soldados preferían un príncipe con espíritu militar, que fuese insolente, cruel y rapaz; y querían que ejercitara estas características contra

<sup>11</sup> La digresión sobre los emperadores romanos de la edad de los Severos es larga y prolija, pero le sirve a Maquiavelo como variante de su teoría. Burd ha identificado las fuentes de estas páginas en el texto de Herodiano, *Historia del Imperio a partir de Marco* (años 180 a 238 a. C.) traducido al latín por Policiano y publicado en 1493. Es evidente que Maquiavelo conocía al historiador griego del siglo III d. C. ya que explícitamente se refiere a él y a su obra en *Discorsi*, III, 6.

<sup>12</sup> Como más adelante indica el propio Maquiavelo estudia el periodo comprendido entre el año 161 al 238 d. C.

<sup>13</sup> Commodo reinó del 180 al 192 d. C. Pertinax, del 192 al 193, Juliano el senador aclamado emperador por los pretorianos asesinos de Pertinax en el 193, Severo (es decir, Septimio Severo) del 193 al 211, Caracalla del 211 al 217, Macrino (bajo cuyas órdenes fue asesinado Caracalla) del 217 al 218, Heliogábalo (que llegó a emperador a los 14 años) del 218 al 222, Alejandro Severo, del 222 al 235 y finalmente Maximino el Tracio, del año 235 al 238.

el pueblo para poder duplicar su estipendio y desahogar su concupiscencia y crueldad. Lo que hizo que aquellos emperadores que, por sus cualidades naturales o por su inexperience política, carecían de suficiente reputación que les permitiera frenar a unos y a otros, acabaran siempre mal. La mayoría, sobre todo aquéllos que accedían al principado como hombres nuevos, una vez conocida la dificultad de dominar tan opuestos humores, preferían satisfacer a los soldados, importándoles muy poco dañar al pueblo. Decisión necesaria, porque, al no poder los príncipes evitar que alguien les odie, han de procurar ante todo no ser odiados por la colectividad; y si no pueden conseguirlo, deben ingeniárselas para evitar el odio del grupo más poderoso. Por eso, aquellos emperadores que por ser nuevos<sup>14</sup> necesitaban favores extraordinarios, se ponían del lado de los soldados más que del pueblo; lo que les era más o menos útil según el emperador supiera mantener su reputación entre ellos. Estas razones que hemos enumerado<sup>15</sup> fueron la causa de que Marco Aurelio, Pertinax y Alejandro Severo, todos ellos de vida modesta, amantes de la justicia, enemigos de la crueldad, humanos y benignos, tuvieran, con excepción de Marco, un triste final. Tan sólo Marco Aurelio vivió y murió respetado por todos, ya que había accedido al imperio por derecho hereditario y no tenía nada que agradecer ni a los soldados ni al pueblo; además, al estar adornado de muchas virtudes que lo hacían respetable, mantuvo siempre, mientras vivió, a uno y otro grupo dentro de sus correspondientes límites y no fue nunca ni odiado ni

<sup>14</sup> Cuando Maquiavelo usa los términos «uomini nuovi» o «novità», subraya no tanto el hecho de que antes no hubieran tenido cargos públicos sino su carácter de «principi nuovi». Más adelante, explícitamente, considera «notable para un príncipe nuevo» el ejemplo de Septimio Severo.

<sup>15</sup> Un príncipe ha de buscar el favor de la mayoría, «l'universalità», es decir, favorecer al pueblo y frenar a los nobles. Pero este axioma no vale para el imperio romano en el que se enfrentan dos mayorías, una (la de los soldados), más fuerte que la otra. De ahí que para sobrevivir, un príncipe «civil» haya de convertirse en «militar», continuando, de todas maneras, vivo el criterio de que el príncipe ha de apoyarse en la parte más fuerte de su pueblo para conservar y acrecentar el poder.

menospreciado<sup>16</sup>. En cambio, Pertinax, hecho emperador contra la voluntad de los soldados<sup>17</sup>, (que acostumbrados a vivir licenciosamente bajo Cómodo, no pudieron soportar aquel tipo de vida honesta a la que Pertinax quería conducirles), habiéndose granjeado el odio de estos, al que se añadió un sentimiento de menosprecio debido a su avanzada edad, fracasó en los primeros momentos de su administración.

Y aquí se debe señalar que el odio se gana tanto con las buenas como con las malas obras; así que, como ya dije antes, un príncipe que quiera mantener su estado se ve a menudo forzado a no ser bueno; porque, cuando aquella colectividad, ya sean pueblos, soldados o grandes señores —que tú juzgues necesitar para mantenerte— esté corrompida, te conviene seguir su humor para satisfacerla; con lo que entonces las buenas obras son tus enemigas. Pero pasemos a Alejandro, que fue tan bondadoso que entre las muchas alabanzas que mereció, está la de que en los catorce años de gobierno nadie fue ejecutado sin previo juicio; no obstante, tenido por afeminado y por hombre que se dejaba dominar por su madre —lo que le acarreó el desprecio de todos— el ejército conspiró contra él y lo asesinó.

Examinando ahora, por contra, las características de Cómodo, de Severo, Antonino Caracalla y Máximo, veremos que fueron extremadamente crueles y rapaces y que para satisfacer a sus soldados no se abstuvieron de ningún tipo de injuria que pudiera infligirse al pueblo; y todos, excepto Severo, tuvieron un triste fin. Porque en Severo hubo tanta virtud, que conservando la amistad de los soldados, y a pesar de oprimir al pueblo, pudo siempre reinar felizmente; porque sus virtudes le hacían tan admirable a los ojos de sus soldados y del pueblo, que éstos quedaban en

<sup>16</sup> Marco Aurelio, hijo adoptivo de Antonino Pío, accedió al trono, «iure hereditario», en el año 161 y reinó hasta el 180 en el que murió, en Vindobona, durante una expedición contra los Marcomanos.

<sup>17</sup> Publio Elvio Pertinax, a pesar de que fue aclamado emperador por los pretorianos el 1.º de enero del año 193, murió asesinado por sus soldados a los que, en contra de lo esperado, no había hecho ninguna concesión especial, el 28 de marzo del mismo año 193.

cierta manera atónitos y estupefactos y aquellos reverentes y satisfechos<sup>18</sup>.

Y puesto que las acciones de éste fueron grandes y notables para un príncipe nuevo, quiero mostrar brevemente lo bien que supo usar el carácter de la zorra y el del león; que como he dicho antes son las naturalezas que un príncipe ha de imitar. Conociendo Severo la desidia del emperador Juliano, persuadió a su ejército —del que era capitán en Eslavonia<sup>19</sup>— de la conveniencia de marchar a Roma para vengar la muerte de Pertinax, asesinado por los soldados pretorianos. Y bajo este pretexto, sin mostrar que aspiraba al Imperio, dirigió su ejército contra Roma y llegó a Italia antes de que se tuviera siquiera noticia de su partida. Llegado a Roma, el Senado atemorizado lo eligió emperador y Juliano fue asesinado. Después de este comienzo le quedaban a Severo dos obstáculos si es que pretendía apoderarse de todo el estado: uno en Asia, donde Pescenio Nigro, comandante de los ejércitos asiáticos se había hecho proclamar emperador; el otro en occidente, donde Albino aspiraba también al imperio. Juzgando peligroso enfrentarse a ambos a la vez, decidió atacar a Nigro y engañar a Albino. Al que escribió diciéndole que elegido emperador por el senado, quería compartir con él aquella dignidad; le mandó el título de César y por deliberación del Senado lo asumió como colega: cosas ambas que Albino aceptó como verdaderas. Pero cuando Severo hubo derrotado y muerto a Nigro y, apaciguadas las cosas en oriente, retornó a Roma, se quejó en el Senado de que Albino, poco agradecido por los beneficios que de él había recibido, había tratado de asesinarlo.

<sup>18</sup> Septimio Severo recuerda en muchos de sus rasgos a César Borja. Incluso el mismo Maquiavelo usa frases semejantes referidas a ambos; por ejemplo, entre otras: «e fu prima in Italia che si sapessi la sua partita», referido a Septimio y la expresión, usada en una carta de la primera legación al Valentino (1 de junio de 1502): «giunge prima in un luogo, che se ne possa intendere la partita donde si lieva», en *Legaciones*, II, pág. 15.

<sup>19</sup> Stiaovonia o Sclavonia, país de los Eslavos, es decir la antigua Iliria, bautizada así por sus nuevos pobladores eslovenos, más o menos la actual Eslovenia.

narle por medio de engaños y que en consecuencia no le quedaba más remedio que ir a castigar su ingratitud. Seguidamente fue a su encuentro en Francia y le quitó el estado y la vida.

Quien examine pues detenidamente sus acciones podrá ver en él a un ferocísimo león y a una astutísima zorra; verá que fue temido y reverenciado por todos, y que los ejércitos no le odiaron; y no se maravillará si él, hombre nuevo<sup>20</sup>, pudo conservar un imperio tan grande, porque su extraordinaria reputación le defendió en todo momento del posible odio que los pueblos, a causa de sus rapiñas, hubieran podido concebir contra él. Antonino<sup>21</sup>, su hijo, fue también hombre de excelentes cualidades, que lo hacían admirable en opinión del pueblo y grato a los soldados; era un perfecto militar, capaz de soportar cualquier fatiga, desdeñoso de todo alimento delicado o de cualquier otra molicie; lo que le hacía muy estimado por sus ejércitos; no obstante, su ferocidad fue tanta y tan inaudita (había dado muerte, luego de infinidad de asesinatos particulares, a gran parte del pueblo de Roma y a todo el de Alejandría)<sup>22</sup>, que acabó por hacerse odioso a todo el mundo. Y empezó a ser temido incluso por los que tenía alrededor; de manera que fue asesinado por un centurión, en medio de su ejército<sup>23</sup>. Ha de observarse que ese tipo de muertes, llevadas a cabo por la resolución de un ánimo obstinado, no pueden ser evitadas por los príncipes; porque todo aquel que no tema morir, puede asesinarles; aunque el príncipe no ha de temerlas mucho, pues son más bien raras. Debe preocuparse tan sólo de no ofender gravemente a ninguna de las personas que están a su servicio o que tiene a su alrededor al servicio del principado: como hizo Antonino, que había asesi-

<sup>20</sup> Equivale a «principe nuovo».

<sup>21</sup> Antonino Caracalla (211-217) cuya compleja acción de gobierno queda aquí muy esquematizada.

<sup>22</sup> Ver para más detalles *Herodiano*, *op. cit.* III, 50, y IV, 16.

<sup>23</sup> Antonino Caracalla fue asesinado en Carre, Siria, en el año 217, por el centurión Julio Marcial, instigado a su vez por el prefecto de Mesopotamia, Opimio Macrino, que temía que el emperador quisiera asesinarle acusándole de conspirar contra él. *Discursos*, III, 6, 84-86.

nado sin razón aparente a un hermano de aquel centurión y a él mismo le amenazaba continuamente; y no solamente eso, lo tenía en su guardia personal, determinación temeraria que podía costarle, como en efecto le costó, muy cara.

Pero pasemos a Cómodo<sup>24</sup>, para quien era enormemente fácil conservar el imperio al tenerlo «iure hereditario»<sup>25</sup> por ser hijo de Marco y sólo le hubiera bastado seguir las huellas de su padre para tener satisfechos a los soldados y a los pueblos. Pero, de ánimo cruel y bestial, para poder ejercer su rapacidad en contra del pueblo, se dedicó a ganarse con favores a los ejércitos haciéndoles licenciosos; por otra parte, despreocupándose de su propia dignidad, bajando a menudo, en los teatros, a luchar con los gladiadores y haciendo otras cosas viles y poco dignas de la majestad imperial, se hizo despreciable a los ojos de los soldados. Y siendo odiado por unos y despreciado por otros, fue víctima de una conspiración y asesinado.

Nos queda por narrar las cualidades de Maximino<sup>26</sup>. Fue hombre belicosísimo, y estando los ejércitos hastiados de la molicie de Alejandro, del que ya he hablado más arriba, muerto éste le elevaron al imperio, que no conservó mucho tiempo; porque dos cosas le hicieron odioso y despreciable: una su ínfimo origen, porque había guardado ovejas en Tracia (lo que era bien conocido y motivo de gran desprecio para todos); la otra, porque habiendo diferido al inicio de su principado, el ir a Roma y tomar posesión de la sede imperial, sus prefectos, tanto en Roma como en cualquier otro lugar del imperio, habían tenido ocasión de ejercer toda clase de crueldades, labrándose así él fama de cruel. Movido, pues, todo el mundo por el desdén a causa de la

<sup>24</sup> Aurelio Commodo Antonio, hijo y sucesor de Marco Aurelio, reinó del año 180 al 192 d. C. Maquiavelo habla detalladamente de la conjura en la que perdió la vida en *Discursos*, III, 6.

<sup>25</sup> «Por derecho hereditario» al igual que Marco Aurelio (ver nota 16), pero a Commodo no le sirve la regla que valió a su padre porque a diferencia de aquél era insolente y bestial.

<sup>26</sup> Maximino el Tracio, que reinó entre los años 235 y 238. d. C. y acerca de cuya figura y origen se ha discutido bastante. La hostilidad que hacia él sentía Herodiano se refleja en Maquiavelo, muy fiel aquí a su fuente.

vileza de sus orígenes y por el odio derivado del temor a su ferocidad, se rebeló primero África, luego el senado con todo el pueblo de Roma y por último toda Italia conspiró contra él. A ello se sumó su propio ejército, que acampado frente a Aquileya y encontrando grandes dificultades en el asedio, cansado de su crueldad y temiéndole menos al ver que tenía tantos enemigos, le mató.

No quiero hablar ni de Heliogábalo ni de Macrino ni de Juliano, que por ser del todo despreciables desaparecieron enseguida; así que llegaré a la conclusión de este tema. Y digo que los príncipes de nuestros tiempos no tienen tanta necesidad de satisfacer extraordinariamente a los soldados a la hora de gobernar; porque aunque se tenga que tener con ellos alguna consideración especial, se acaba pronto, ya que ninguno de estos príncipes tiene ejércitos que se hayan enraizado en el gobierno y en la administración de las provincias como era el caso de los ejércitos del imperio romano. Y si entonces era más necesario satisfacer a los soldados que al pueblo, era porque los soldados tenían más poder que el pueblo; ahora, en cambio, todos los príncipes —excepto el Turco y el Sultán— tienen más necesidad de satisfacer al pueblo que a los soldados, ya que el pueblo tiene más poder que aquéllos<sup>27</sup>. Hago excepción del Turco<sup>28</sup>, porque siempre tiene a su alrededor doce mil soldados de infantería y quince mil de a caballo de los que depende, su seguridad y la fuerza de su reino: y es necesario que, posponiendo cualquier otra consideración, se los mantenga amigos. Igual sucede con el reino del Sultán<sup>29</sup>, que estando por completo en manos de los soldados, le conviene también conservar su amistad sin tener para nada en cuenta al pueblo. Y habéis de saber que este estado del Sultán es

<sup>27</sup> Con estas palabras queda anunciada la ley fundamental del capítulo: En la época que va de Marco Aurelio a Maximino era imposible un principado puramente civil; ahora en cambio es enteramente posible.

<sup>28</sup> El sultán de Turquía era, en la época de la redacción del *Príncipe*, Selim I (1512-20) al que Maquiavelo recuerda en distintas ocasiones: *Discorsi*, I, 19; II, 17; III, 6 y 35. Sobre el reino del Turco ver también capítulo IV del *Príncipe*.

<sup>29</sup> Se trata del reino de Egipto que fue unido a Turquía en 1517.

distinto de todos los demás principados, porque es similar al pontificado cristiano<sup>30</sup>, que no puede llamarse ni principado hereditario ni principado nuevo; ya que no son los hijos del príncipe anterior los herederos y soberanos, sino aquél que es elevado a aquel grado por quienes tienen autoridad para hacerlo. Y al ser ésta una forma de gobierno antigua, no se la puede llamar principado nuevo puesto que en él no se encuentran muchas de las dificultades que acostumbra a tener los nuevos; ya que si efectivamente el príncipe es nuevo las instituciones de aquel estado son viejas y están dispuestas a recibirle como si fuese su señor hereditario.

Pero volvamos a nuestro tema<sup>31</sup>. Digo que quien examine todo lo dicho hasta aquí verá cómo fueron el odio o el desprecio las causas de la ruina de los emperadores anteriormente citados; y comprenderá también la razón por la que, procediendo parte de ellos de una manera y parte de manera completamente distinta, en ambos grupos, uno tuvo un final feliz y otros infeliz. Porque a Pertinax y a Alejandro, por ser príncipes nuevos, les fue inútil y perjudicial querer imitar a Marco, que había accedido al principado por derecho de herencia; e igualmente a Caracalla, Cómodo y Maximino el haber imitado a Severo, les fue muy perjudicial, al no tener suficiente virtud que les permitiera seguir sus huellas. Por lo tanto, un príncipe nuevo, en un principado nuevo, no puede imitar las acciones de Marco ni tampoco es necesario que siga las de Severo: sino que de Severo ha de tomar aquellas cualidades que sean nece-

<sup>30</sup> Semejanza basada en el carácter «electivo» de ambos principados. Los «electores» del Sultán eran los jefes de la casta militar de los Mamelucos, casta de origen servil, que había constituido la primera guardia de corps del Sultán, convertida ahora en la oligarquía del país.

<sup>31</sup> Para Sasso (en el comentario al *Príncipe* tantas veces citado) esta conclusión no está a la altura del rigor a que nos tiene acostumbrados Maquiavelo, ni siquiera de la precisión de análisis de otras partes de este capítulo, demasiado largo y prolijo. Según él, «la conclusione del Machiavelli é senza dubbio chiara, quando si abbia cura di prospettarla nei termini generali del suo pensiero; ma é singolarmente infelice nella espressione letteraria e nella forza di sintesi».

sarias para fundar su estado y de Marco las que son convenientes y gloriosas para la conservación de un estado ya establecido y seguro.

XX (v = 0)

*An arces et multa alia quae cotidie a principibus  
fiunt utilia an inutilia sint*<sup>1</sup>

**A**LGUNOS príncipes, para tener seguro su estado, han desarmado a sus súbditos; otros han mantenido divididas<sup>2</sup> las tierras sometidas; otros han alimentado una cierta oposición contra sí mismos; otros se han dedicado a ganarse la confianza de aquellos que al principio de su gobierno les parecían sospechosos; unos han construido fortalezas y otros las han arruinado y destruido. Y aunque de todas esas cosas no sea posible dar una opinión específica, a menos que se descienda a los particulares de aquellos estados en los que haya de tomarse una decisión parecida, hablaré de todo ello con la amplitud que la materia, por sí misma, permite.

Y así, no ha sucedido nunca que un príncipe nuevo desarmara a sus súbditos; mientras que, por el contrario, si les ha encontrado desarmados, les ha armado siempre; porque si les armas, aquellas armas se hacen tuyas, los sospechosos se vuelven fieles, y los que ya te eran fieles continúan siéndolo y de simples súbditos pasan a ser partidarios tuyos. Y como es imposible armar a todos los súbditos, beneficiando a los que armas puedes con el resto actuar sin tanto miramiento: ya que los armados, al verse tratados de manera distinta, se sienten obligados hacia ti; mientras los otros por su parte te disculpan, juzgando que es natural que tengan más méritos los que tienen mayor peligro y obligación. Pero si los desarmas, empiezas a ofen-

<sup>1</sup> Si las fortalezas y muchas otras cosas que diariamente hacen los príncipes son útiles o inútiles.

<sup>2</sup> Se entiende divididas en opuestas facciones.

*Cur Italiae principes regnum amiserunt*<sup>1</sup>

**O**BSERVADAS con prudencia, las cosas que hemos dicho hasta ahora hacen que un príncipe nuevo parezca antiguo y le dan inmediatamente más seguridad y firmeza en su estado de la que tendría si se hubiera establecido en él desde siempre<sup>2</sup>. Porque un príncipe nuevo es mucho más observado en sus acciones que uno hereditario; y cuando estas acciones son consideradas virtuosas, conquistan más fácilmente a los hombres y les obligan más que la antigüedad de la sangre. Porque a los hombres les interesan más las cosas presentes que las pasadas, y cuando en el presente encuentran el bien lo disfrutan sin preocuparse de nada más; más aún, defenderán al príncipe en todo y por todo, siempre que no falte en lo demás a su palabra. Y así habrá duplicado su gloria: por haber creado un principado nuevo y haberlo ornado y consolidado con buenas leyes, con buenas armas, buenos amigos y buenos ejemplos<sup>3</sup>; como habrá duplicado su vergüenza aquél que, nacido príncipe, por su poca prudencia pierda el estado.

Y si observamos atentamente a aquellos señores que en nuestro tiempo<sup>4</sup> han perdido sus estados en Italia, como el rey de Nápoles<sup>5</sup>, el duque de Milán<sup>6</sup> y otros, a todos les

<sup>1</sup> De por qué los príncipes de Italia han perdido sus estados.

<sup>2</sup> Para Sasso, este capítulo, junto con el siguiente, contiene la razón misma de la obra.

<sup>3</sup> Otra vez el nexo entre «buenas leyes» y «buenas armas», fundamental para comprender la problemática política del «príncipe nuevo». Más adelante Maquiavelo señalará como causas del fracaso de los príncipes italianos no sólo la ineficacia militar, sino también la falta de «buenas leyes».

<sup>4</sup> El *terminus a quo* del análisis de Maquiavelo es naturalmente 1494, año del «paso» a Italia de Carlos VIII de Francia.

<sup>5</sup> Se refiere a Federico de Aragón, que en 1496 había sucedido a Fernando II, destronado por Fernando el Católico el 2 de agosto de 1501.

<sup>6</sup> Ludovico el Moro, del que Maquiavelo nos ha hablado ya en el capítulo III.

encontraremos en primer lugar un defecto común en lo que se refiere a las armas, por las razones que más arriba hemos argumentado<sup>7</sup>; pero, además, veremos que alguno de ellos, o bien no ha tenido al pueblo de su parte o bien si lo tenía no ha sabido protegerse de los poderosos; porque sin estos errores no se pierden estados con tanto nervio, capaces de mantener un ejército en pie de guerra. Filippo de Macedonia, no el padre de Alejandro sino el que fue vencido por Tito Quinto<sup>8</sup>, tenía un estado menor en relación a la grandeza de los romanos y de Grecia que le atacaron; no obstante, al ser un buen militar y saber atraerse al pueblo y defenderse de los nobles, pudo sostener durante años la guerra contra aquéllos<sup>9</sup>; y si bien es verdad que al final perdió el dominio de alguna ciudad, no lo es menos que conservó el reino.

Así que estos príncipes nuestros, que durante años conservaron sus principados, no acusen, ahora que los han perdido, a la fortuna, sino a su indolencia<sup>10</sup>: porque no habiendo pensado nunca en tiempos de paz que podían sobreenir cambios (defecto común entre los hombres, no tener en cuenta la tempestad cuando el mar está en calma) cuando luego vinieron tiempos adversos, tan sólo pensaron en huir y no en defenderse; y esperaron que los pueblos, hastiados de la insolencia de los vencedores, les volvieran a llamar. Esta alternativa, cuando no hay otra, es

<sup>7</sup> El primer defecto de los príncipes es haber utilizado tropas mercenarias, auxiliares, etc. de las que Maquiavelo nos ha hablado en los capítulos XII, XIII y XIV, pero a este primer defecto siguieron otros no menos importantes que rápidamente nos señala: mal enfoque en las relaciones del príncipe o con el pueblo o con los «grandes».

<sup>8</sup> Alude a Filippo V, vencido por el cónsul romano Tito Quinzio Flaminio en Cinocefale en 197 a. C. Esta batalla se recuerda también en *Discursos*, III, 10-38.

<sup>9</sup> Maquiavelo cita las tres cualidades esenciales de su príncipe nuevo: ciencia militar, amor al pueblo, dominio sobre los grandes.

<sup>10</sup> La decadencia italiana no depende ni de la crueldad de la suerte ni de la ciega fortuna sino de la indolencia e irresponsabilidad de los príncipes. Reducción implacable de la derrota militar y política a causas rigurosamente humanas, y como tal adecuadamente controlables y reconstruibles.

buena; pero es muy malo haber dejado otras soluciones para tomar ésta; porque no hay que dejarse caer pensando que ya habrá quien te recoja, que esto no suele suceder; y si sucede, está en peligro tu seguridad, porque fue una forma de defensa vil que, además, no dependió de ti. Sólo son buenas, seguras y duraderas las defensas que dependen de ti mismo y de tu propia virtud.

XXV (v = 2)

*Quantum fortuna in rebus humanis possit et quomodo illi sit occurrendum*<sup>1</sup>

YA sé que muchos han creído y creen que las cosas del mundo están hasta tal punto gobernadas por la fortuna y por Dios, que los hombres con su inteligencia no pueden modificarlas ni siquiera remediarlas<sup>2</sup>; y por eso se podía creer que no vale la pena esforzarse<sup>3</sup> mucho en las cosas sino más bien dejarse llevar por el destino. Esta opinión se ha extendido mucho en nuestra época, dada la gran variación de cosas que se han visto y se ven cada día, más allá de cualquier humana conjetura. Yo mismo, pensando en ello, algunas veces me he inclinado, en parte, hacia esta opinión general<sup>4</sup>. No obstante, puesto que nuestro libre al-

<sup>1</sup>Cuál es el poder de la fortuna en las cosas humanas y cómo hay que enfrentarse a ella.

<sup>2</sup>Para Sasso el problema de la fortuna y de la relación del gobernante con la fortuna es el problema mismo de la génesis y del significado del *Príncipe*. Para el concepto de Fortuna en la obra de Maquiavelo ver además: *Discursos*, II, 1 y 29, III, 9, 21, 44; Carta a Pier Soderini (*Lettere*, 119) generalmente conocida como «*Ghiribizzi*» a Pier Soderini; capítulo *Di fortuna, Istorie fiorentine*, V, 1.

<sup>3</sup>En el original, «insudare». Esforzarse, empeñarse demasiado en empresas militares o políticas. Pero el verbo «insudare» tiene un valor muy expresivo y difícil de traducir con una paráfrasis.

<sup>4</sup>Efectivamente aquellos últimos años de la historia italiana estaban llenos de casos «fuora d'ogni umana coniettura», y no era sólo la clase dirigente la que estaba asombrada y aterrada por su propia ruina. También Maquiavelo a veces se siente pesimista y cansado; recuérdese el tono de sus cartas, en los primeros días del exilio, en especial las que dirige a Vettori.

bedrío no se ha extinguido, creo que quizás es verdad que la fortuna es árbitro de la mitad de nuestras acciones, pero que también es verdad que nos deja gobernar la otra mitad, o casi<sup>5</sup> a nosotros. Y la comparo a uno de esos ríos impetuosos que cuando se enfurecen inundan las llanuras, destrozan árboles y edificios, se llevan tierra de aquí para dejarla allá; todos les huyen, todos ceden a su furia sin poder oponerles resistencia alguna. Y aunque sean así, nada impide que los hombres, en tiempos de bonanza, puedan tomar precauciones, o con diques o con márgenes, de manera que en crecidas posteriores o bien siguieran por un canal o bien su ímpetu no fuera ya ni tan desenfrenado ni tan peligroso<sup>6</sup>. Lo mismo ocurre con la fortuna que demuestra su fuerza allí donde no hay una virtud preparada capaz de resistírsele; y así dirige sus ímpetus hacia donde sabe que no se han hecho ni márgenes ni diques que puedan contenerla<sup>7</sup>. Y si observáis atentamente Italia, que es la sede de todos estos cambios y la que los ha suscitado, veréis que es un campo sin diques y sin protección alguna; porque si estuviera protegida por una adecuada virtud, como Alemania, España o Francia, esta riada no habría provocado tan grandes trastornos, o ni siquiera se hubiera producido.

Y baste lo dicho para oponerse, en general, a la fortuna. Pero ciñéndome más a los casos particulares, digo que se ve a los príncipes prosperar hoy y caer mañana, sin haber visto cambio alguno en su naturaleza o en sus cualidades. Lo que creo que proviene, ante todo, de las razones ampliamente expuestas más arriba, es decir que el príncipe

<sup>5</sup>A pesar de querer reaccionar contra el fatalismo y de reivindicar el valor de la «virtud», Maquiavelo se deja aún vencer por un cierto pesimismo y así se le escapa éste «o casi», con lo que también el control del hombre sobre la mitad de sus acciones parece peligrar.

<sup>6</sup>Una de las comparaciones más famosas de Maquiavelo, que se repite en distintos textos, como por ejemplo en el ya citado capítulo, *De fortuna*. Como precedentes, se citan: Horacio, *Odas*, III, 29, y sobre todo un fragmento de las *Intercoenales*, de L. B. Alberti.

<sup>7</sup>Otra famosa expresión que aparece en varios textos. Ver por ejemplo *Parole da dire sopra la provizione del danaio...* escritas en marzo de 1503, en *Opere*, edición Mazzoni, Casella, Florencia 1929, pág. 791.

que sólo se apoya en la fortuna se arruina tan pronto como ésta cambia. Creo, también, que triunfa el que acomoda su manera de proceder a las circunstancias del momento, e igualmente fracasa quien en su proceder entra en desacuerdo con ellas. Porque vemos cómo en las cosas que les llevan a alcanzar el resultado deseado, eso es gloria y riquezas, los hombres proceden de muy distinta manera: uno con precaución, otro con ímpetu; uno con violencia, otro con astucia; uno con paciencia, el otro con todo lo contrario; y todos con tan distintos métodos pueden lograrlo. Se ve también que de dos circunspectos, uno alcanza lo que se proponía y el otro no; o bien que otros dos tienen el mismo éxito con dos maneras distintas de actuar, al ser uno circunspecto y el otro impetuoso: y todo eso no proviene sino de la cualidad de los tiempos, que se conforman o no a su manera de proceder. De ahí que, como he dicho, dos hombres, actuando de una manera distinta consigan el mismo resultado, y que en cambio otros dos que actúan del mismo modo, uno consiga su propósito y el otro no. De eso depende también la variedad de los resultados; porque, si uno se comporta con cautela y paciencia y los tiempos y las cosas van de manera que su forma de gobernar sea buena, tiene éxito; pero si los tiempos y las cosas cambian, se arruina porque no cambia su manera de proceder; no existe hombre tan prudente que sepa adaptarse a esta norma<sup>8</sup>, ya sea porque no pueda desviarse de aquello a lo que le inclina su propia naturaleza, ya sea porque habiendo triunfado avanzando siempre por un mismo camino, no puede ahora persuadirse a sí mismo de la conveniencia de alejarse de él. Y así el hombre cauto cuando es hora de proceder con ím-

<sup>8</sup> Ver los fragmentos de *Discorsi* y de la carta a Soderini citados en la nota 2 de este capítulo. En el duelo entre «virtú» y «fortuna», que según Puppo constituye el tema dramático del *Príncipe*, la victoria, en última instancia se la lleva la fortuna, ya que no hay virtud humana tan dúctil como para acomodarse a todas las variaciones. Quien dicta pues las reglas del juego es la fortuna. Esta fortuna que para F. Adorno, en «La crisi dell'umanesimo civile fiorentino da Alamanno Rinuccini al Machiavelli» en *Rivista critica di storia della filosofia*, VII, 1952, I, consiste en: «aver la fortuna di concordare con la fortuna, con li tempi».

petu no sabe hacerlo y fracasa; mientras que si modificase su naturaleza de acuerdo con los tiempos y con las cosas no alteraría su fortuna. El papa Julio II procedió impetuosamente en todas sus empresas; y encontró los tiempos y las cosas tan conformes a su modo de proceder, que todo le salió bien<sup>9</sup>. Considera su primera empresa de Bolonia, cuando aún vivía micer Giovanni Bentivoglio<sup>10</sup>. Los venecianos no estaban de acuerdo; el rey de España tampoco; con Francia discutía sobre el asunto, y a pesar de todo esto, con su peculiar violencia e impetuosidad decidió llevar a cabo personalmente la expedición. Tal decisión dejó en suspenso e inmóviles a España, y a los venecianos; éstos por miedo, aquél<sup>11</sup> por el deseo que tenía que recuperar todo el reino de Nápoles; y, por otra parte, arrastró tras de sí al rey de Francia, porque habiendo visto el rey que el Papa se movía y deseando ganárselo como aliado para someter a los venecianos, estimó que no podía negarle su apoyo militar sin ofenderle abiertamente<sup>12</sup>. Consiguió, pues, Julio, con su jugada impetuosa, aquello que nunca ningún otro pontífice, con toda la humana prudencia, habría conseguido: porque si hubiera esperado a partir de Roma con los acuerdos firmes y todas las cosas en regla, como habría hecho cualquier otro pontífice, no lo habría logrado; porque el rey de Francia habría encontrado mil excusas y los demás mil amenazas. No quiero hablar de sus otras empresas, que todas fueron similares y todas le salieron bien. Y la brevedad de su vida<sup>13</sup> no le ha permitido experimentar

<sup>9</sup> El ejemplo de Julio II lo encontramos ya en la tantas veces citada carta a Soderini y en *Discursos*, III, 9.

<sup>10</sup> En 1506; Maquiavelo habla de ello en capítulo XI, y en la carta a Soderini.

<sup>11</sup> España es Fernando el Católico, de ahí este *aquel* y no aquella como sería normal habiendo citado antes España. Fernando el Católico quería recuperar algunas plazas en las costas adriática y jónica que Fernando II había cedido a los venecianos a cambio de ayuda contra Carlos VIII.

<sup>12</sup> Para este episodio ver también *Discursos*, III, 44. Pero Maquiavelo no cita aquí el más clásico ejemplo de la impetuosidad y temeridad del Papa; ver *Discursos*, I, 27.

<sup>13</sup> No la vida, sino el pontificado fue breve, duró la media de diez años (1503-1513) que en el capítulo XI ha estimado viven como máximo los Papas.

lo contrario; porque si hubieran venido tiempos en los que hubiera sido necesario proceder con precaución, su ruina hubiera sido segura; pues nunca se habría desviado de aquellos procedimientos a los que su naturaleza le inclinaba. Concluyo, pues, que al cambiar la fortuna y aferrándose obstinadamente los hombres a su modo de actuar, tienen éxito mientras ambos coinciden y cuando no, fracasan. Yo creo firmemente esto: que es mejor ser impetuoso que circunspecto, porque la fortuna es mujer, y es necesario, queriéndola doblegar arremeter contra ella y golpearla. Y se ve que se deja vencer más fácilmente por éstos que por los que actúan con frialdad; ya que siempre, como mujer, es amiga de los jóvenes, porque son menos circunspectos, más feroces y la dominan con más audacia<sup>14</sup>.

## XXVI (V = 9)

### *Exhortatio ad capessendam Italiam in libertatem que a barbaris vindicandam*<sup>1</sup>

**H**ABIENDO considerado<sup>2</sup>, pues, todas las cosas que hasta ahora se han dicho, y pensando entre mí si en Italia, actualmente, corrían tiempos que permitieran a un nuevo príncipe adquirir honor, y si había aquí materia que diera a un hombre prudente y virtuoso la oportunidad de introducir en ella una forma<sup>3</sup> que le honrara a él y proporcionara bienestar a todos los hombres que en ella viven, me parece que concurren tantas cosas en favor de un prin-

<sup>14</sup> Rompiendo la racionalidad de toda la obra, termina el capítulo con una opinión personal, con un reto apasionado, desesperado.

<sup>1</sup> Exhortación a liderar Italia y librarla de los bárbaros.

<sup>2</sup> Hay una vieja discusión acerca de si este capítulo es un añadido retórico o bien la explosión auténtica de un sentimiento contenido durante mucho tiempo. La teoría general aboga en favor de su necesidad en la economía general de la obra, aun cuando recientemente se vuelva a hablar bastante de una redacción tardía del capítulo.

<sup>3</sup> En relación con la anterior «materia». Idéntica expresión: «introducir forma» usada en el capítulo VI, hablando precisamente de Ciro, de Israel, etc.

cipe nuevo, que no creo que haya habido nunca un momento más apto que éste<sup>4</sup>. Y si, como dije, era necesario para ver la virtud de Moisés que el pueblo de Israel estuviera esclavo en Egipto; y para conocer la grandeza de ánimo de Ciro, que los persas estuvieran oprimidos por los medas, y la excelencia de Teseo, que los atenienses estuvieran dispersos<sup>5</sup>; igualmente ahora, para poder conocer la virtud de un espíritu italiano, era necesario que Italia se viera reducida a su actual situación, más esclava que los hebreos, más sometida que los persas, más dispersa que los atenienses; sin cabeza, sin orden; vencida, expoliada, desgarrada, ocupada y que hubiese soportado toda clase de calamidades. Y si bien hasta ahora habríamos visto alguna señal en alguno, que permitía esperar que Dios le había escogido para su redención, no obstante se ha visto luego cómo en el momento culminante de sus acciones ha sido reprobado por la fortuna<sup>6</sup>. De manera que, desfallecida, espera a ver quién la sane de sus heridas, ponga fin a los saqueos de Lombardía, a las extorsiones del reino de Nápoles y de Toscana y la cure de tantas llagas ulceradas por el tiempo. Véase cómo ruega a Dios que le mande a alguien que la redima de estas crueldades e insolencias bárbaras. Se la ve también pronta y dispuesta a seguir una bandera, con sólo que haya uno

<sup>4</sup> Maquiavelo dice aquí que no ha habido tiempo más propicio que el actual para llevar a cabo la empresa de un príncipe nuevo, cuando en el momento de la obra afirma precisamente que el príncipe ha de tener una «extraordinaria» virtud porque los tiempos son difíciles. Así que ahora parecía que la fortuna quiere favorecer a los Medici haciendo casi de providencia y poniendo de esta manera más en evidencia la bondad del nuevo príncipe. Ya en el capítulo XX, señalaba que al vencer dificultades resultaba mayor la grandeza del príncipe.

<sup>5</sup> Son los mismos ejemplos del capítulo VI, pero mientras allí señalaba que aunque la ocasión ofrecida por la fortuna a estos héroes era importante, «sin virtud» esta ocasión se presentaría en vano; en el capítulo XXVI el papel de la fortuna es decisivo, no por razones «providenziali» sino porque, como dice Sasso, ésta es la situación sentimental de su ánimo. Maquiavelo se ha dado cuenta de que no hay virtud que pueda superar sus propios límites y por lo tanto trata de reducirlo todo a lo que es necesario que se produzca.

<sup>6</sup> Se refiere obviamente a César Borja. Esta reprobación de la fortuna, si es que pudiéramos dudarlo, nos lo confirma.

que la enarbole. Y no se ve, en el presente, nadie en quien pueda depositar mejor sus esperanzas que en vuestra ilustre casa<sup>7</sup>, la cual con su fortuna y virtud, favorita de Dios y de la Iglesia, de la que ahora es príncipe, pueda ponerse a la cabeza de esta redención. Lo que no será muy difícil, si tenéis presentes las acciones y la vida de los personajes que antes he mencionado. Y aunque estos hombres sean singulares y extraordinarios, al fin y al cabo fueron hombres, y ninguno de ellos tuvo oportunidades tan favorables como la presente; porque su empresa no fue más justa que ésta, ni más fácil, ni les fue Dios más propicio que a vos. Esto es muy justo «iustum enim est bellum quibus necessarium et pia arma ubi nulla nisi in armis spes est»<sup>8</sup>. Y hay ahora una gran disposición; y donde hay tan gran disposición no pueden existir demasiadas dificultades siempre que vuestra casa siga el ejemplo de aquellos que os he propuesto por modelo. Además de todo esto se ven señales extraordinarias, sin precedentes, dispuestas por Dios: el mar se ha abierto; una nube os ha señalado el camino; de la roca ha manado agua; ha llovido maná<sup>9</sup>; todo concurre a vuestra grandeza. El resto debéis hacerlo vos. Dios no quiere hacerlo todo para no arrebataros el libre arbitrio y parte de aquella gloria que os corresponde.

Y no hay que maravillarse si ninguno de los italianos<sup>10</sup> citados ha podido hacer lo que podemos esperar que haga vuestra ilustre casa; y si en tantos cambios como ha sufrido

<sup>7</sup> La casa de los Medici que, con la llegada al papado de Giovanni (León X), parecía haber conquistado definitivamente el poder en Florencia.

<sup>8</sup> La cita es de Tito Livio, IX, 1, «Justa es la guerra para quien la necesita, y piadosas las armas cuando son la única esperanza», que, como casi siempre, Maquiavelo transcribe de memoria. Aparece también en *Discursos*, III, 12 y en *Istorie fiorentine*, V, 8, en boca de Rinaldo degli Albizzi.

<sup>9</sup> Estos prodigios son los que acompañaron a los judíos guiados por Moisés, en su camino hacia la tierra prometida: la división de las aguas del Mar Rojo para que pudieran pasar, la nube que les guiaba, la lluvia de maná, el agua que Moisés hizo manar de la roca de Horeb. Ver Éxodo, 13-17.

<sup>10</sup> Alude en particular a César Borja y a Federico Sforza, citados y propuestos varias veces como ejemplos en *El Príncipe*.

do Italia y en tantas operaciones de guerra, siempre parece que la virtud militar se haya extinguido en ella. Y la razón<sup>5</sup> de todo eso es que su antigua organización militar no era buena y no ha habido nadie capaz de encontrar otra nueva, y nada honra tanto a un hombre que acaba de surgir como las nuevas leyes y las nuevas ordenanzas por él promulgadas. Éstas, si poseen grandeza y están bien fundadas, le hacen digno de respeto y admirable. Y en Italia no falta materia a la que dar forma: hay aquí mucha virtud en los miembros si no faltara en las cabezas. Ved en los duelos y torneos<sup>11</sup>, cuán superiores son los italianos en fuerza, en destreza, en ingenio; pero en cuanto se trata de ejércitos, no quedan bien. Y todo es debido a la debilidad de los jefes; porque los que saben, no son obedecidos, y todos creen saber, sin que hasta ahora haya habido uno que sobresalga por encima de los demás en virtud o en fortuna obligando a los demás a ceder. De ahí que, en tanto tiempo, en tantas guerras declaradas en los últimos veinte años, cada vez que ha habido un ejército completamente italiano siempre ha hecho mal papel. Tenemos testimonios de eso primero en el Taro<sup>12</sup>, luego en Alessandria<sup>13</sup>, Capua<sup>14</sup>, Génova<sup>15</sup>, Vailate<sup>16</sup>, Bolonia<sup>17</sup> y Mestre<sup>18</sup>.

<sup>11</sup> En el original: «duelli e congressi de' pochi», duelos y combates entre campeones. Debe recordar seguramente el desafío de Barletta, 1403, en el que se enfrentaron franceses e italianos y aunque estos últimos derrotados por Ettore Fieramosca, perdieron, dieron muestra de un gran valor.

<sup>12</sup> Fornovo al Taro (1495), donde Carlos VIII logró, no sin muchas dificultades, derrotar al ejército de la liga italiana que debía impedirle el paso de los Alpes de regreso a Francia después de su paseo por Italia.

<sup>13</sup> Caída de Alessandria, ciudad del Piamonte, durante el paso de Luis XII, de Francia, en 1499.

<sup>14</sup> Capua fue conquistada y saqueada por los franceses el 24 de julio de 1501.

<sup>15</sup> Génova, que en 1506 había constituido un gobierno popular anti-francés, tuvo que someterse de nuevo, al año siguiente, al dominio directo de los franceses.

<sup>16</sup> La batalla de Vailate o Agnadello, varias veces citada en *El Príncipe* en la que en 1509 pareció que los franceses daban el golpe de gracia al poder de Venecia.

<sup>17</sup> Bolonia se rindió a los franceses en mayo de 1501.

<sup>18</sup> Mestre fue incendiada en 1513 por los ejércitos de la Liga.

Por lo tanto, si vuestra ilustre casa quiere emular a aquellos hombres excelentes que redimieron sus países es necesario, ante todo, como verdadero fundamento de cualquier empresa, proveerse de ejércitos propios; porque no existen soldados más fieles, ni más auténticos, ni mejores. Y si cada uno de ellos es bueno, todos juntos resultarán aún mejores cuando se vean mandados por su príncipe, y honrados y sostenidos por él. Es necesario, pues, preparar este ejército para poder, con la virtud itálica, defenderse de los extranjeros. Y aunque la infantería suiza y española sean consideradas temibles, sin embargo, en ambas hay un defecto por el cual una tercera forma de organización militar podría no sólo enfrentárseles sino también confiar en superarlas. Porque los españoles no pueden resistir a la caballería y los suizos han de temer a los soldados de infantería cuando se enfrenten a otros tan obstinados como ellos. Así hemos visto y veremos, por experiencia, que los españoles no pueden resistir una caballería francesa y los suizos son derrotados por la infantería española. Y aunque de esto último no se tenga una experiencia completa, se ha visto no obstante un ensayo en la batalla de Ravenna<sup>19</sup>, cuando los infantes españoles se enfrentaron a los batallones alemanes, que guardan el mismo orden de combate que los suizos; los españoles, por la agilidad de su cuerpo y la ayuda de sus escudos, se habían introducido entre las picas de aquellos y estaban seguros de poderles atacar sin que los alemanes pudieran hacer nada; y si no hubiese sido por la caballería que les embistió, les habrían aniquilado a todos. Conocido, pues, el defecto de estas dos infanterías se puede organizar otra nueva, que resista la caballería y no tenga miedo a la infantería: cosa que se consigue con la calidad de los soldados y el cambio en la disposición de las fuerzas. Y esas innovaciones forman parte de aquellas cosas que dan reputación y grandeza a un príncipe nuevo.

No debemos, pues, dejar pasar esta ocasión para que Italia, después de tanto tiempo, encuentre un redentor. No puedo expresar con qué amor sería recibido en todas aque-

<sup>19</sup> En la batalla de Provenza, 11 de abril de 1512.

llas provincias que han sufrido a causa de estos aluviones extranjeros; con qué sed de venganza, con qué obstinada lealtad, con qué devoción, con cuántas lágrimas. ¿Qué puertas se le cerrarían? ¿Qué pueblos le negarían obediencia? ¿Qué envidia se le opondría? ¿Qué italiano le negaría su homenaje? A todos asquea este bárbaro dominio. Tome, pues, la ilustre casa vuestra este asunto con aquel ánimo y con aquella esperanza con que se hacen propias las causas justas; para que, bajo su enseñanza, esta patria se ennoblezca y bajo sus auspicios se hagan realidad las palabras de Petrarca:

Virtù contro a furore  
Prenderà l'arme; e fia el combatter corto;  
Chè l'antico valore  
Nell'italici cor non è ancor morto<sup>20</sup>.

<sup>20</sup> Virtud contra furor  
Tomará las armas; el combate será breve,  
Porque el antiguo valor  
No ha muerto aún en los corazones itálicos.

Es el final de la sexta estrofa de la canción de Petrarca: «Ai signori d'Italia». Maquiavelo conoce bien a sus poetas, por ejemplo recuerda a Dante, Inf., XXVII con su comparación entre el león y la zorra del capítulo XVIII, y ha citado a Petrarca en otros momentos y le volverá a citar atribuyéndole espíritu profético en *Istorie fiorentine*, VI, 29.